BENJAMIN MARTIN SANCHEZ
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

LA SANTA MISA

¿Sabes qué es, para oirla bien y con devoción?

Editorial
APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 – 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 – Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com

Con licencia eclesiástica

ISBN: 978-84-7770-360-0
Depósito legal: M. 18.007-2010

Impreso en España / Printed in Spain
Por: Impresos y Revistas, S. A. (Grupo IMPRESA)

A MIS LECTORES

¿Por qué he escrito este libro sobre la Santa Misa? Por varias razones:

1.ª Porque el Concilio Vaticano II nos habla de la necesidad de promover la educación litúrgica y la participación consciente y activa de los cristianos en la santa Misa.

2.ª Por la recomendación de Pío XII en la «Mediator Dei» que desea se instruya sin cesar a los fieles acerca de lo qué es la Misa, su obligación, sus fines y su participación en el sacrificio eucarístico «en cuya comparación nada puede ser tan honroso y agradable a Dios».

3.ª Para reavivar más nuestra fe de católicos y hacer que todos se muevan a oirla y estimarla debidamente por ser «centro de la vida cristiana».

La Iglesia da a la Misa mucha importancia, y es porque su valor es grande, y es que, como dice San Juan Crisóstomo, «la celebración de la Misa, en cierta manera, vale tanto cuanto vale la muerte de Cristo en la Cruz»... Y ¿cuál es el precio de la sangre de Cristo derramada en la cruz? Es el precio de nuestra redención, pues «fuimos rescatados no con plata y oro corruptibles, sino con la sangre preciosa de Cristo como cordero sin defecto ni mancha» (1 Ped. 1, 18-19).

El gran sacrificio que Cristo, como Sumo Sacerdote, ofreció por la Humanidad en el Calvario (y que fue

anticipado por Él en la última Cena con sus apóstoles), se renueva o actualiza ante nosotros y se hace presente en cada Misa, es decir: La Misa es el mismo sacrificio que hizo Jesucristo de su propia vida en el Calvario, pendiente de la cruz, para satisfacer a Dios por nuestros pecados.

Este libro comprende tres partes:

1.ª Por ser la Misa un sacrificio, diré qué es un sacrificio, cuál es la historia de los sacrificios antiguos, del sacrificio del Calvario, y del anuncio de la profecía de Malaquías...

2.ª ¿Qué es la Misa? ¿En qué consiste su esencia, fines de la misma... y pruebas de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía...

3.ª Siguiendo la santa Misa. Breve explicación de las ceremonias de la misma desde el comienzo hasta el final.

Si a alguno «no le dice nada la Misa» es sencillamente porque «no la vive», y no la vive porque no la conoce, y porque no la conoce, no la ama, cumpliéndose así el adagio filosófico «Nada se quiere o se ama hasta que no se conoce».

Para que todos, pues, conozcan, estimen y vivan la santa Misa, he escrito el presente libro.

Benjamín MARTIN SANCHEZ

Zamora, 7 mayo de 1997

Primera parte

EL SACRIFICIO DE LA MISA

Prenotandos

Breve historia del sacrificio

Desde el principio del mundo hasta Jesucristo, siempre ha habido sacrificios u ofrendas hechas a Dios, ya para adorarle en reconocimiento de su supremo dominio sobre nosotros, ya en satisfacción de los pecados humanos.

El hombre, salido puro y hermoso de manos de Dios Creador, le ofrecía el sacrificio de *adoración* como a Dueño y Ser Supremo de su vida, y también el sacrificio de *acción de gracias* por los bienes recibidos de Él; más desde que el pecado entró en el mundo, el sacrificio ofrecido a Dios era con el fin, principalmente, de expiar el pecado y reconciliarse con Él.

Por la Biblia sabemos que, desde los primeros hombres creados por Dios, hubo sacrificios de frutos y animales, ofrecidos a Él como Creador. *Abel,* pastor, sacrificaba a Dios lo mejor de su rebaño..., y *Caín,* labrador, hacía ofrendas de sus cosechas...

¿Qué entendemos, pues, por sacrificio? Sacrificio es ofrecer a Dios algo mío o nuestro, esto es, una cosa sensible de la que nos desprendemos, y al darla a Dios, la hacemos sagrada o sacrificial...

Al desprendernos de la cosa ofrecida pasa al domi-

nio de Dios, y así expresamos nuestra sumisión y dependencia total o adoración respecto de Dios, Dueño absoluto de nuestra vida y de todas las cosas.

Y ¿qué se hace con lo que se ofrece a Dios? Se deja intocable... o bien *se inmola y destruye...* Esto nace de la conciencia de pecado o culpabilidad, y esta disposición es como para que Dios estuviera sabedor de que el hombre detestaba su pecado y está dispuesto a morir por tal pecado cometido.

En consecuencia: De esta culpabilidad u ofensa contra Dios nace el sentimiento de *la expiación del pecado y de su reparación.*

Así llegó el hombre a matar un animal vivo y ofrecerlo a Dios. Sabía que por su falta u ofensa contra Dios había merecido ante Él el castigo supremo de la muerte; tenía, pues, que ofrecerse a sí mismo por los pecados; pero no lo hace ni debía hacerlo, porque Dios no tenía ordenado hacer sacrificios humanos.

Entonces se le ocurre una satisfacción sustitutiva: toma un animal vivo, y ofrece la vida de este animal a Dios; carga el animal con la deuda de sus pecados, lo degüella y pide a Dios que se digne aceptar la muerte del animal como expiación.

Esto es lo que significaba, en su mayor parte, los sacrificios de la Antigua Alianza, acerca de los cuales Dios dio a Moisés en el Sinaí ciertas leyes y disposiciones, como puede verse en el Levítico, y eran, según la intención divina, para que los israelitas tuvieran siempre presente la idea de la supremacía de Dios y la propia culpabilidad, debiendo preservarse el pueblo del culto idolátrico.

Los sacrificios u ofrendas de la Antigua Ley, de corderos, bueyes u otros animales, o bien de las mieses, se ofrecían a Dios en reconocimiento de su su-

premo dominio y como en sustitución de sí mismo por el pecado.

De hecho venían a ofrecerse así, y tenían este significado:

«Señor, no mires los pecados de tu siervo, acepta lo mejor de lo que me das, o sea, este cordero o esta víctima que te ofrezco, la que quemo o destruyo ante Tí en reconocimiento de que eres mi Dios, y de que todo te lo debo».

El hombre no era dueño de su vida, y como hacía lo que podía humillándose ante Dios por sus pecados, entonces Dios aceptaba la ofrenda de los animales, atendiendo a las disposiciones interiores del corazón: amor, reverencia, alabanza, acción de gracias, expiación, petición.

¿Cómo pueden ser los sacrificios?

Los sacrificios los podemos considerar por razón de su fin y por el modo de ofrecerse.

–*Por razón del fin son:* 1) *latreúticos,* cuando se ofrecen como un acto de homenaje y adoración a Dios, Señor de todo el universo; 2) *eucarísticos,* son los que se ofrecen al Señor dándole gracias por sus dones; 3) *impetratorios,* que se hacen para pedir nuevas gracias y favores, y 4) *expiatorios o propiciatorios,* para aplacar a Dios, implorando perdón por las culpas y castigos.

–*Por razón del modo de ofrecer,* los sacrificios pueden ser *cruentos* o sangrientos si se hacen con derramamiento de sangre, o bien *incruentos,* sin derramamiento de sangre.

El único sacrificio de valor infinito

El único sacrificio de valor infinito es el de Cristo. La Escritura Santa nos dice que *«Cristo se dio a sí mismo en precio del rescate por todos»* (1 Tim. 2, 6), y el efecto del sacrificio de su muerte fue nuestra redención (Ef. 1, 7; 1 Ped. 1, 18), *siendo propiciación por nuestros pecados y los de todo el mundo* (1 Jn. 2, 2).

Un animal no podía sustituir al hombre, y ni el hombre mismo podía satisfacer a Dios por sus pecados, porque la ofensa se mide por la persona que es ofendida, y al ser Dios el ofendido, la culpa como ofensa hecha a Dios, es casi infinita, es decir, reviste una gravedad infinita por razón del término, y exige, por tanto, una satisfacción o reparación condigna, y como ésta no la puede hacer el hombre, sino una persona de valor infinito, síguese que sólo Jesucristo, el Hombre-Dios, pudo redimirnos con su sangre.

La razón es ésta: porque Cristo *como hombre* pudo sufrir, y *como Dios* dar a sus sufrimientos un valor infinito, capaz de pagar con exceso toda deuda, o sea, todas nuestras maldades y ofensas y las del género humano.

Los sacrificios de la Antigua Ley tenían su valor y agradaban a Dios en cuanto que eran *figura* del gran sacrificio de Cristo en la cruz; pero en sí eran imperfectos, y como imperfectos, Dios los desechó (como lo tenía anunciado por el profeta: Mal. 1, 11), y a estos los vino a sustituir el sacrificio del Calvario, reproducido ahora en la Misa, es decir, al morir Cristo sacrificado en la cruz, cesaron todos los demás sacrificios, como faltos de valor, ya que Jesucristo se ofreció como Víctima por el pecado. Por lo que San Pa-

blo dice: *«Es imposible que la sangre de toros y de los machos cabríos borre los pecados»...* Y el mismo apóstol añade, poniendo en labios de Jesús estas palabras: *«Tu no has querido sacrificios ni ofrendas materiales; pero me has dado a mi un cuerpo –para que lo ofrezca en sacrificio– y por eso dije: He aquí que vengo, según está escrito de mí, para hacer, oh Dios, tu voluntad»* (Heb. 10 4-7).

Jesucristo, pues, fue el que se ofreció Víctima por nosotros, y por tanto sin su sacrificio hubiéramos permanecido en el pecado, o sea, privados de su gra cia y dignos del castigo eterno del infierno.

El sacrificio del Calvario

Dice el Evangelio que, desde el tribunal de Pilato, los judíos tomaron a Jesús, que llevando su cruz salió al sitio llamado Calvario, que en hebreo se dice Gólgota, donde iba a ser crucificado.

Según iban en dirección a este monte, como llorasen unas mujeres compasivas, Jesús volvió su rostro y les dijo con tristeza: *«No lloréis por Mí, hijas de Jerusalén. Más bien llorad por vosotras por vuestros hijos* –se acerca la hora del castigo–; *si así tratan al árbol verde, ¿que harán en el seco?»* (Lc. 23, 31).

El leño verde, el menos preparado para el fuego, simboliza al mismo Cristo, víctima inocente, que sufre por los pecados de todos, y si esto se hacía en Él, ¿qué sucederá en el leño «seco», que somos nosotros?

El árbol seco era entonces especialmente Jerusalén, la que por no querer recibir al Señor en las horas benéficas de su visitación, fue completamente destruida pocos años más tarde; y ¿qué sucederá con la

generación presente que desecha a Cristo y no tiene en cuenta su pasión, llevada a cabo para redimirnos?

Llegados al Calvario, crucifican a Jesús y luego levantan la cruz. Jesús, el único sacerdote del cristianismo, suspendido entre el cielo y la tierra, ofrece a Dios un sacrificio que tiene como fin borrar o expiar nuestros pecados y *dar una satisfacción infinita por todos ellos...*

El monte Calvario es el lugar donde Jesús quiso ser crucificado por la redención del mundo.

El Calvario fue el altar y Jesús el sacerdote y la víctima del sacrificio.

Jesús en la cruz tiene los brazos abiertos para abrazar a amigos y enemigos, invitando especialmente a los pecadores al arrepentimiento.

Tiene delante a sus verdugos, a los que le blasfeman e injurían, diciendo que si es el Mesías, el Hijo de Dios que «baje de la cruz y creerán en Él»...

¡Le había dado ya tantas señales y milagros de que lo era!, que aunque hubiera bajado entonces, no hubieran creído, dando así mayor muestra de que Él era el Redentor al permanecer con tanta paciencia hasta morir en una cruz derramando su sangre como precio de nuestra redención.

Y ante tantas injurias ¿qué hace Jesús? En vez de maldecir a los verdugos, se venga con la oración y el perdón diciendo: *«Padre, perdónalos que no saben lo que hacen»*.

Jesús desde la cruz continuó ejerciendo el oficio de Redentor y Salvador de los hombres.

En aquella ocasión, uno de los que estaban crucificados con Él, al reconocerle como Dios y Salvador, dice a su compañero, que juntaba con los verdugos sus improperios: *«¿No temes a Dios, condenado*

como estás en el mismo suplicio? Nosotros, sí que recibimos el justo castigo por nuestros crímenes, pero Éste, ¿qué mal ha hecho?». Y vuelto a Jesús, le decía: *«Acuérdate de mí cuando llegues a tu reino»*, y mereció oir del Señor esta palabra: *«Hoy estarás conmigo en el paraiso»* (Lc. 23, 40-43).

Luego estando junto a la cruz su Madre y el San Juan, el discípulo amado, se dirigió a éste y le dijo: *«Ahí tienes a tu madre»*. Este fue el último don que Jesucristo nos dio a todos en la persona de San Juan...

Finalmente clamó con poderosa voz: *«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu»*. Y diciendo esto, inclinó su cabeza y expiró.

El Sumo Sacerdote de la Nueva Ley acababa de ofrecer en sacrificio su propia persona, no con palabras de odio, sino rogando por los culpables y bendiciendo a los fieles.

Esta escena del sacrificio del Calvario ahora se *representa*, esto es, *se hace presente, se actualiza en nuestros altares*, en la Santa Misa. Y al hacerse presente en el altar, sigue en él adorando e intercediendo por nosotros ante Dios, y pidiendo perdón por nuestros pecados.

La Misa anunciada por el profeta Malaquías

En el Antiguo Testamento vemos como el profeta Malaquías cinco siglos antes anunció el sacrificio de la Misa, siendo éste el que había de sustituir a todos los antiguos sacrificios.

Malaquías reprende duramente a los sacerdotes de su tiempo echándoles en cara su culpa y su castigo

por ofrecer a Dios sacrificios sin valor verdadero en los cuales no podía complacerse, pues no ofrecían los animales sin mancha, ordenados según la ley.

Ellos ofrecían «pan inmundo», lo peor de sus animales, «lo mutilado, lo cojo, lo enfermo», y por eso el Señor les dice:

No me son gratas vuestras ofrendas, porque desde que nace el sol hasta el ocaso es grande mi nombre entre las gentes y en todo lugar se ofrece a mi nombre un sacrificio, una oblación pura; porque grandes es mi nombre entre las naciones (Mal. 1, 11).

Según esta profecía vendría un día en que en todo lugar se ofrecería al Señor un sacrificio puro, renovado en toda la redondez de la tierra. Tal sacrificio no es otro que el de la Misa, renovación perpetua del sacrificio de la cruz, que vino a sustituir a todos los sacrificios de la ley mosaica, pues desde Jesucristo no ha habido otro sacrificio que este de la Misa.

La profecía de Malaquías es evidente que se refiere a la Misa como único y verdadero sacrificio de la Nueva Ley, pues sólo en ella tiene su cumplimiento porque en ella se ofrece una Hostia pura en todo lugar.

San Agustín dirá a este propósito:

«Abrid los ojos por fin, y ved cómo de Levante a Poniente, no en un solo lugar... sino en todos, se ofrece el sacrificio de los cristianos; no a un Dios cualquiera, sino al que predijo esto, al Dios de Israel» (Adv. Jud. 9).

De las palabras de la institución de la Eucaristía (Mt. 26, 26-28; Lc. 22, 19) y del encargo de Cristo: *Haced esto en conmemoración mía*, se deduce que el sacrificio eucarístico ha de ser una institución permanente del Nuevo Testamento.

Si los antiguos sacrificios tenían razón de verdaderos sacrificios, mucho más la Santa Misa, o sea, el sacrificio de la Nueva Ley, que vino a sustituirlos, es infinitamente superior a ellos.

Jesucristo es nuestra Víctima y nuestro sacrificio...

Más de trescientas mil Misas se celebran todos los días en la tierra, y no hay instante del día y de la noche en que no se ofrezca este sacrificio. Cuando acaba en Europa empieza en América. *Este es el sacrificio del Nuevo Testamento, el sacrificio digno de Dios...*

La primera Misa y las siguientes...

La primera Misa la celebró el mismo Jesucristo en persona en el Cenáculo de Jerusalén, en la noche de la Pasión, al instituir la Eucaristía y en el momento en que se ofreció a Sí mismo a Dios Padre bajo ambas especies del pan y del vino. La muerte fue el momento supremo para el cual vivió Cristo, pues con su muerte vino a darnos la vida.

Aquella Misa fue una inmolación *representativa*, pero verdadera, de la del Calvario; y esta inmolación se realizó con una acción *consecratoria*, que separó *sacramentalmente* el cuerpo de la sangre de Cristo. El representó así su muerte que sucedería a las tres de la tarde del día siguiente.

Después de la muerte de Cristo en el Calvario, toda Misa que se celebra representa y reproduce aquel sacrificio del mismo Cristo en la cruz.

En un teatro, en una procesión de Semana Santa, se puede representar más al vivo la Pasión de Jesucristo, pero no dejará de ser una mera representación.

La Misa es un recuerdo *vivo* (no muerto) representación *objetiva*, o sea, actualización, presencia sacramental de Cristo...

La Misa es una realidad, es decir, Cristo se inmola en el altar con una inmolación, que si bien es incruenta, es inmolación verdadera. Y consiste en la separación sacramental y mística del cuerpo y de la sangre de Cristo, que se realiza *en virtud de las palabras*, por medio de la doble consagración del pan y del vino en el cuerpo y sangre de Cristo, y constituye una representación objetiva de la separación histórica y real, que tuvo lugar en el sacrificio de la cruz.

Por tanto, en la santa Misa, como en la cruz, la Víctima que se ofrece es Cristo, oculto bajo las especies sacramentales.

La Misa y el sacrificio del Calvario

El sacrificio de Cristo en la cruz se reproduce, como tenemos dicho, ahora diariamente en la santa Misa; más conviene advertir que entre el sacrificio el Calvario y el de la Misa no existe diferencia alguna, a no ser accidental o en el modo de ofrecerse.

■ *En el Calvario* Jesucristo (Sacerdote y Víctima) se ofreció por Sí mismo, y *en la Misa* se ofrece por el ministerio de los sacerdotes. Notemos que en el Calvario hubo un solo Sacerdote que fue Jesucristo, y en la Misa hay dos; *uno invisible y principal;* Jesucristo, y otro *visible, secundario e instrumental:* el sacerdote celebrante.

■ *En la Cruz* Jesucristo *padeció y murió* y en ella se sacrificó ofreciéndose en forma *cruenta*, o sea, con derramamiento de sangre y sufriendo terribles dolo-

res, mas *en la Misa* se ofrece reproduciendo su muerte en forma *incruenta*, esto es, sin derramamiento de sangre y sin padecer ni morir.

■ *En la Cruz* Jesucristo «mereció» por nosotros todas las gracias; *en la Misa* «aplica, distribuye» el tesoro de las gracias.

Hemos de reconocer que el sacrificio de la Cruz bastó para redimirnos por ser de valor infinito, y reparó potencialmente nuestras ofensas, y si ahora se renueva y actualiza en el sacrificio de la Misa, no es para añadir eficacia a aquél, sino para «aplicarnos» los frutos o gracias del sacrificio del Calvario.

Esto lo aclararemos con un ejemplo:

Si un padre gana en abundancia pan para sus hijos, y éstos no lo comen y mueren de hambre, ¿quién, sino ellos son los culpables? Pues esto ocurre en la Misa: en ella se halla inmolado Jesucristo, océano y cúmulo inmenso de todas las gracias necesarias para salvarnos, ya que El las ganó para todos, y si ahora no nos acercamos y nos ponemos en contacto con El y no participamos de ese cúmulo de gracias que nos «mereció» en la Cruz, por medio de la Eucaristía y demás sacramentos..., no nos salvaremos y moriríamos en nuestro pecado...

■ *En la última Cena* se ofrecía una Víctima que iba a ser inmolada; *en la Cruz* la Víctima quedó inmolada en aquel mismo acto; *en la Misa* se ofrece una Víctima que ya fue inmolada.

El Concilio de Trento nos dice:

«El único sacrificio que Cristo ofreció de manera cruenta en la Cruz, se renueva y prolonga de manera incruenta en el alta y nos aplica los frutos de la redención».

El sacrificio de la Misa, aunque incruento, es verdadero sacrificio. En la Cruz se hizo la redención, y en la Misa se nos aplica.

«Se puede decir, según Pío XII, que Cristo han construido en el Calvario un estanque de purificación y salvación que llenó con la sangre vertida por El; pero si los hombres no se bañan en sus aguas y no lavan en ellas las manchas de su iniquidad, no pueden ciertamente ser purificados y salvados. Por lo tanto, para que cada uno de los pecadores se lave con la sangre del Cordero, es necesaria la colaboración de los fieles» («Mediator Dei»).

¿Sufre ahora Jesucristo en la Misa?

Los sacerdotes recibieron de Cristo sus mismos poderes para reproducir el sacrificio de la Cruz, cuando les dijo: HACED ESTO EN MEMORIA MIA. Pronunciadas, pues, las palabras de la consagración, la Víctima divina está sobre el altar, la sangre está separada del cuerpo, la inmolación cruenta del Calvario se ha conmemorado y representado.

Jesús está en el altar en un *estado sacramental*, es decir, verdaderamente presente, realmente viviente, como lo estuvo durante su permanencia en la tierra; como lo está ahora en el cielo. El es el «pan vivo bajado del cielo y que da vida al mundo».

Jesucristo en el cielo, como en el altar, no sufre, ni puede sufrir, puesto que se halla en estado glorioso, ya que *resucitó para nunca más morir* (Rom. 6, 9), pero El quiere que recordemos ahora su Pasión para aprovecharnos de sus méritos y participemos de su vida divina al recibirle en la comunión.

* * *

Los sufrimientos actuales de Cristo son los nuestros, esto es, Cristo puede ahora renovar la Cruz, no en su cuerpo físico, pero si en su cuerpo místico, que es la Iglesia.

Pascal dijo un día: «Jesús estará en agonía hasta el fin del mundo». Estas palabras son como una explicación de las de San Pablo cuando dijo que con sus padecimientos completaba «en su cuerpo lo que falta a las tribulaciones de Cristo» (Col. 1, 24).

Estos padecimientos los sufría Cristo en la persona de San Pablo como miembro de su Cuerpo místico, pues las tribulaciones de los miembros son tribulaciones de la Cabeza.

Todos, al sufrir, debemos pensar que somos miembros del cuerpo místico de la Iglesia, cuya Cabeza es Cristo, y si sufrió la Cabeza, justo es que sufran los miembros, pues éstos deben seguir la suerte de la Cabeza en la Pasión y en la Resurrección.

No falta nada a la Pasión de Cristo en orden a la satisfacción y al «mérito», sino en orden a la «aplicación», como tenemos ya dicho.

Ahora tenemos que imitar a Cristo en su Sacrificio, sacrificándonos juntamente con El para que su sacrificio nos aproveche.

* * *

Pío XI, en su maravillosa Encíclica «Miserentíssimus» al exponer la doctrina de que todos los que somos de Cristo hemos de unir nuestra consagración y reparación a la de Cristo, principalmente en el altar, nos dice:

«Mas, aunque la abundante Redención de Cristo nos perdonó todos los delitos (Col. 2, 13); Sin embargo, a causa de la admirable disposición de la divina Sabiduría, por la que se ha de completar en nuestra carne, lo que falta a la Pasión de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia (Col. 1, 24); por eso a las alabanzas y satisfacciones, que Cristo tributó al Padre en nombre de los pecadores, también podemos y aun *debemos* añadir las nuestras.

Pero conviene que tengamos presente que toda la eficacia de la expiación depende exclusivamente del cruento sacrificio de Cristo, que sin interrupción se renueva incruentamente en nuestros altares, puesto que una misma es la víctima; y el que ahora se ofrece por ministerio de los sacerdotes, es el mismo que se ofreció entonces en la cruz, siendo tan sólo diversa la manera de ofrecerse (C. Trento Ses. 22). Por lo cual, a este augustísimo Sacrificio Eucarístico debe unirse la inmolación de los ministros y de los fieles, para que también ellos se muestren hostias o víctimas vivas, santas, agradables a Dios» (Rom. 12, 1)...

* * *

Los Cristianos, al asistir a Misa, deben ofrecer a Dios la vida, los sufrimientos y la muerte de Cristo, y juntamente con ellos sus propios sufrimientos, su trabajo cotidiano, su vida entera y la aceptación de la vida cuando El quiera.

La Misa debe formar parte de tu vida, como tu vida debe formar parte de tu Misa.

La Misa, bien oída, debe levantarte, *sublimar tu vida,* comprometerte a cumplir bien con el deber, a ser mejor, a evitar palabras y obras que desdigan de un cristiano.

¿Por qué la Iglesia nos manda oír la Misa?

La Iglesia nos manda que asistamos a Misa de un modo especial el domingo, porque desea que santifiquemos «el día del Señor».

En el Antiguo Testamento el día de fiesta era el «sábado» (que significa «descanso»), el cual, por mandato de Dios, los israelista debían *santificar:*

«Acuérdate del día del sábado para santificarlo. Seis días trabajarás y harás tus obras, pero el séptimo día es día de descanso, consagrado a Yahvé, tu Dios, y no harás en él trabajo alguno...» (Ex. 20, 8-10).

Ahora en el Nuevo Testamento el día de fiesta para los cristianos es el «domingo» llamado «el día del Señor» *(dies Domini),* y por tanto la Iglesia ha sustituido el sábado por el domingo y manda santificarlo, porque *en domingo* se realizaron los principales misterios de nuestra redención: LA RESURRECCION DE CRISTO y la venida del Espíritu Santo. Y así lo dice el Concilio al advertir que se celebra en *domingo* por venir de tradición apostólica que trae su origen del mismo día de la resurreción del Señor.

El 3.º mandamiento de la Ley de Dios dice: «santificarás las fiestas», mas hemos de notar que la Iglesia no hace otra cosa que *determinar y aclarar* el tiempo y el modo de santificarlas, y la manera mejor de santificarlas es «oír el santo sacrificio de la Misa», porque éste es el culto más santo y saludable por cuanto en él se renueva sacramentalmente el sacrificio del Calvario para aplicársenos los méritos de la redención, y en él se honra a Dios de la manera más digna, ya que ninguna oración es mejor ni de tanta eficacia

para mover a Dios a concedernos el remedio de todas las necesidades, como la santa Misa.

En ella presentamos a Dios a su Hijo místicamente inmolado que por la consagración mora sobre el altar, y Dios mirando a la divina Víctima inmolada por nuestros pecados y en lugar nuestro, se apiadará de nosotros y remediará nuestras necesidades en cuanto ello sea para su mayor gloria y nuestro bien espiritual.

La Iglesia con el precepto de asistir a Misa nos orienta y señala un camino que nos dirige hacia el bien a fin de que consigamos la perfección y la salvación de nuestras almas.

Después de cuanto hemos dicho, vamos a precisar el verdadero concepto de la Misa.

Segunda parte

¿SABES TU QUE ES LA MISA?

Esta pregunta hecha a varias personas, ha obtenido muy diversas respuestas:

–La Misa es un lugar donde nos reunimos para leer...

–La Misa es una ceremonia ejecutada por un sacerdote, y no sé más.

–La Misa sí, es un sacrificio para el que va y tiene que estar allí una media hora...

–Yo no voy a Misa, porque no me dice nada.

Estas respuestas ponen de manifiesto la gran ignorancia que algunos tienen sobre la Misa, y si no van a ella es porque no tienen fe y en realidad no conocen su valor.

¿Qué es la Misa?

La Misa no es una simple ceremonia. La Misa es el mismo sacrificio de la cruz (es representación objetiva o actualización del mismo).

Para entender mejor la Misa, remontémonos a lo que Jesús hizo un día en el Cenáculo de Jerusalén.

Estando allí rodeado de sus discípulos, en un momento grave y solemne, víspera de su Pasión, manifestó su última voluntad en aquella cena de despedida, al decirles:

«Tomad y comed: Esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros». Jesús al tomar el pan lo convierte en su propio cuerpo. Luego toma el cáliz con vino y lo convierte en su propia sangre, al decir: *«Esta es mi sangre que será derramada...»,* y los sirve a sus apóstoles.

Entonces pronunció estas significativas palabras: HACED ESTO EN CONMEMORACION MIA.

Es decir: *Haced esto,* lo que yo mismo he hecho y como lo he hecho: Hacedlo en memoria de mis padecimientos y de mi muerte, que renovaréis cuantas veces hagáis esto, hacedlo en memoria de la nueva alianza que he hecho con los hombres, ofreciendo mi sangre en sacrificio...

Y ¿cuándo y cómo pueden hoy los apóstoles y sus sucesores, los obispos y sacerdotes hacer esto en memoria suya?

Esto lo hacen en la Santa Misa, porque el mandato de Cristo: *«Haced esto en memoria mia,* se verifica precisamente en la santa Misa, siendo ésta de este modo un *recuerdo vivo* del Señor, una conmemoración llena de vida, porque en el momento que celebramos este recuerdo, el Señor se presenta realmente en medio de nosotros, aunque bajo las especies de pan y vino.

La esencia de la Misa está en la consagración

En la santa Misa se consagra primero el cuerpo de Cristo y luego separadamente la sangre, para representar mejor a Cristo como víctima en el sacrificio, pues la Misa es el sacrificio del cuerpo y de la sangre de Jesucristo que se ofrece a Dios por ministerio del

sacerdote en memoria y renovación del sacrificio de la cruz.

En la consagración tiene lugar la sagrada transformación (transubstanciación), porque en ella se convierten el pan y el vino en el sagrado cuerpo y en la preciosísima sangre de Jesús. Y en este punto culminante de la Misa es también donde se hace presente el sacrificio del Calvario, porque sobre el altar está aquel cuerpo que murió por nosotros en la cruz, aquella sangre que en la cruz fue derramada hasta la última gota por nosotros.

Como dice Juan Pablo II en la Carta *Dominicae Cenae*, «en virtud de la consagración, las especies del pan y del vino, *re-presentan*, de modo sacramental e incruento, el Sacrificio cruento propiciatorio ofrecido por Él en la cruz al Padre para la salvación del mundo.

Por tanto, la santa Misa *re-presenta*, hace presente, actualiza, hace actual aquí y ahora el sacrificio de la cruz.

Y es más: podemos ofrecer al Padre celestial el cuerpo y la sangre de Cristo como cordero inmolado para el perdón de nuestros pecados, como acción de gracias por los beneficios recibidos, como petición de nuevas gracias...

Después de lo dicho entenderemos que: La Misa es la *representación real e incruenta* del sacrificio cruento de la Cruz. Es actualización de aquel sacrificio del Calvario.

Fines y efectos o frutos de la Misa

Por ser la santa Misa el mismo sacrificio de la cruz

perpetuado, se sigue que tiene los mismos fines y produce los mismos efectos que el sacrificio de la cruz.

Los deberes fundamentales que todo hombre tiene para con Dios son: *la adoración* («Adorarás al Señor tu Dios...); *la acción de gracias* («¿Qué tienes que no hayas recibido?»); *la expiación o reparación de las ofensas...;* y la *petición* de sus beneficios...; mas para poder cumplir estos deberes de una manera perfecta e infinita, cual Dios se lo merece, sólo por medio de Jesucristo lo podemos hacer. Y esto lo realiza Él en la Misa.

El sacrificio, por tanto, de la Misa:

1) *Es latreútico,* o sea, de *adoración* al Ser Supremo, porque en el momento de la consagración aparece Cristo inmolado como víctima bajo las especies de pan y vino, y por esa inmolación sacramental ofrece a Dios Padre un sacrificio de valor infinito, y este ofrecimiento lo hace en reconocimiento de su supremo dominio sobre nosotros y de nuestro humilde servicio hacia Él. En la Misa adoramos a Dios Padre por medio de Jesucristo, Hijo de Dios.

2) *Es expiatorio o propiciatorio,* pues por ser insuficiente la sangre de los antiguos sacrificios, Jesucristo quiso verter su sangre redentora en el Calvario, e inmolarse de nuevo en la Misa, para expiar nuestros pecados y librarnos del castigo que por ellos merecíamos, aplacando así a la justicia divina.

3) *Es eucarístico* o de *acción de gracias* para poderle expresar nuestro agradecimiento por tantos favores...

4) *Impetratorio,* para pedirle nuevas gracias y favores. En la Misa Cristo ora con nosotros en calidad de

sumo Sacerdote y Mediador, que se inmola místicamente por nosotros y está realmente allí «siempre vivo para interceder por nosotros» (Heb. 7, 25).

Consecuencias:

Una sola Misa glorifica más a Dios que le glorificarán en el cielo por toda la eternidad todos los ángeles y los santos, incluyendo a la Virgen María. La razón es por que toda la glorificación que las criaturas ofrecerán a Dios eternamente en el cielo será todo lo grande que se quiera, pero *no infinita;* mientras que la Santa Misa glorifica *infinitamente* a Dios, en el sentido riguroso y estricto de la palabra.

En retorno de esta inmensa glorificación, Dios se inclina amorosamente hacia las criaturas...

–La santa Misa, como viva renovación y repetición sacramental de lo que fue cruento en el Calvario; o sea, del mismo sacrificio redentor, tiene toda su virtud infinita y toda su eficacia redentora, y por lo mismo ningún sufragio aprovecha tan eficazmente a las almas del Purgatorio como la aplicación del santo sacrificio de la Misa. Y ninguna otra *penitencia sacramental* pueden imponer los confesores a sus penitentes cuyo valor satisfactorio pueda compararse de suyo al de una sola Misa ofrecida a Dios.

–No hay triduo ni novena, ni oración alguna que pueda compararse, de suyo, a la eficacia impetratoria de una sola Misa.

–Sin la santa Misa nuestra deuda de gratitud para con Dios por los inmensos beneficios que de Él hemos recibido en el orden natural y en el sobrenatural,

quedaría eternamente insatisfecha. Con una sola Misa, en cambio, podemos cancelarla totalmente con saldo infinito a nuestro favor (Véase «Teología Moral para seglares» del P. Royo Marín).

Los frutos de la Misa son los que parten de la Redención de Cristo, y son especialmente frutos de salvación, gracias espirituales, bien para pedir la conversión de los pecadores, bien para vencer una tentación, para enmendarse... y también gracias de alivio o redención para las almas del Purgatorio... y para nosotros otros nuevos favores que Dios nos concede en atención a la santa Misa, y que suelen redundar en beneficios a veces temporales, porque de ella los fieles sacan energía para su vida y su trabajo diario.

Del fruto general de la Misa participan todos, pero más especialmente los que asisten a ella... Y los que no pongan obstáculos a la Misa y la oigan con devoción obtendrán muchísimas gracias.

Palabras del Concilio de Trento

Jesucristo instituyó el sacramento de la Eucaristía.

«Nuestro Salvador cuando estaba para salir de este mundo al Padre, instituyó este sacramento en el que vino como a derramar las riquezas de su divino amor hacia los hombres... y mandó que al recibirlo hiciéramos *memoria de Él, y anunciáramos su muerte hasta que* Él mismo *venga* a juzgar el mundo... (Dz. 875).

Jesucristo instituyó el sacrificio de la Misa

Jesucristo... ofreció a Dios Padre su cuerpo y su

sangre bajo las especies de pan y de vino y bajo los símbolos de esas mismas cosas, los entregó, para que los tomaran, a sus apóstoles, a quienes entonces constituía sacerdotes del Nuevo Testamento, y a ellos y a sus sucesores en el sacerdocio, les mandó con estas palabras: *Haced esto en memoria mía*, que los ofrecieran... (Dz. 938).

El sacrificio visible es propiciatorio por los vivos y por los difuntos

También el Concilio de Trento nos dice que *el mismo Cristo* que se ofreció una vez cruentamente, o sea, con derramamiento de sangre en el Calvario sacrificándose por la redención del mundo, *es el mismo que ahora se sacrifica incruentamente en la Misa*, y este sacrificio es *propiciatorio*, y si nos acercamos contritos y penitentes al Señor, con sincero corazón y recta fe, con temor y reverencia, conseguiremos misericordia y hallaremos gracia en el auxilio oportuno (Heb. 4, 6).

Pues aplacado el Señor por este sacrificio, concediendo la gracia y el don de la penitencia, perdona los crímenes y pecados, por grandes que sean... (Dz. 940).

La celebración de la Misa

En las «Nuevas Normas de la Misa» se nos dice: «La celebración de la Misa, como acción de Cristo y del pueblo de Dios, es el centro de toda la vida cristiana...».

Ya el Concilio Vaticano II (PO. 13) dijo: «La Misa es acción de Cristo y de la Iglesia».

¿Por qué la Misa es acción de Cristo? Porque El la instituyó y porque es el que obra, el que actúa, el único sacerdote del pueblo cristiano, porque es «el que permanece para siempre», el «que vive siempre para interceder por nosotros», y por lo mismo no puede ser sustituido por ninguno, si no *representado.*

El sacerdote ministerial es el representante de Cristo en el altar, es su ministro, su servidor, que obra y preside como instrumento suyo (pues es el sacerdote *visible*); pero Cristo (el sacerdote *invisible*) es el que actúa en medio de la comunidad.

Cristo, pues, es el que actúa a través del sacerdote celebrante, y cuando el sacerdote pronuncia: ESTO ES MI CUERPO..., es Cristo quien lo dice, son sus palabras.

Cristo se identifica con el sacerdote. La Misa es acción de Cristo, Dios y hombre, quien se hace presente en manos del sacerdote por su fecunda palabra, y Él es quien se ofrece al Padre para repararle, adorarle y pedirle gracias... Algo grande se hace en la Misa y hay que celebrarla y oirla dignamente.

La Misa es también acción del pueblo de Dios, porque el pueblo se une a Cristo y con Cristo a través del sacerdote celebrante, y así participan en la Misa todos los fieles como miembros del cuerpo místico de Cristo...

¿A quién se ofrece el sacrificio? El sacrificio se ofrece sólo a Dios, pues por sacrificio entendemos: ofrecer a Dios algo nuestro...

¿Quién podría dar a Dios algo de valor infinito? Nosotros no; solo Dios mismo.

Pero notemos que Dios no puede morir ni ser víctima expiatoria en su naturaleza divina. Por eso *se hizo hombre* y en la CRUZ muere por todos, como sacerdote y víctima al mismo tiempo, por los pecados de la humanidad.

Si el sacrificio es dar algo nuestro a Dios, ¿qué es lo que le damos, si cuanto tenemos lo hemos recibido de Él?

Cristo como hombre es algo nuestro; nos lo ha dado el Padre; es de nuestra raza y linaje; por eso lo podemos ofrecer como algo recibido de Dios. *«De tuis donis ac datis»...*

¿Qué valor tiene la Pasión y Muerte de Jesucristo en la cruz? Tiene un valor infinito:

1) *Alabanza infinita* al Padre (Latria)

2) *Acción de gracias* (Eucaristía)

3) *Expiación y satisfacción* infinita por todos los pecados de la humanidad (Gran misterio)

4) *Impetración de todas las gracias* para el hombre.

El sacrificio de la Cruz tiene más valor que todos los sacrificios juntos de la humanidad. Tiene un valor de Redención, de Expiación, de Mérito, de Liberación que no tenían los demás.

Los sacrificios del A.T. no tenían valor ni eficacia en sí mismos, sino en cuanto representaban el afecto interior: amor, devoción, obediencia a Dios, etc. (anhelo de perdón).

Y por sí mismos no hubiesen sido aceptados, sino

en previsión del sacrificio de la cruz de Cristo ya prometido en el A.T.

Por el sacrificio de Cristo en la Cruz, Dios perdonó al hombre. Todo tiene valor sólo en virtud de la obediencia del Hijo de Dios hasta la muerte de cruz, donde se ofreció víctima por nosotros; y Dios lo tenía así dispuesto, por eso *lo aceptó. Ingrediens in mundum...* (Heb. 10, 5 ss.).

La Misa y las devociones particulares

Como todos tenemos necesidad de algo, y delante de Dios somos todos pobres y mendigos, cuando tenemos gracias que pedir por nuestros pecados, familiares y amigos, cuando sufrimos tristeza o desgracias, ¿a dónde acudir?

Se hacen novenas o peticiones a los santos, a la Santísima Virgen... Está bien y muy bien que acudamos a ellos, pero aunque todas estas devociones privadas merezcan respeto y tengan su valor, diré con el Papa Juan XXIII, que «el cristianismo no debe estimar nada por encima del Santo Sacrificio de la Misa».

Nosotros pedimos a los Santos y pedimos a otros que rueguen por nosotros; pero no debemos olvidar que en el Sagrario, en el altar, en la Santa Misa está el Hijo de Dios, Jesucristo, el Santo de los santos, el más poderoso Mediador entre Dios y los hombres, y quiere enriquecernos con sus gracias, pues allí está Él ofreciéndose a Dios Padre por nosotros, siendo su adoración de valor infinito, y se inmola para expiar nuestros pecados, y ora con nosotros en calidad de Sumo Sacerdote e intercede por nosotros.

Su oración, su petición y su sacrificio tiene un valor superior a todas las otras oraciones.

Por eso hemos de acudir a la Misa, por estar en ella el que ora y se sacrifica por nosotros, el que intercede y da gracias por nosotros, y si nos unimos a Él en esa adoración, reparación, impetración y acción de gracias, conseguiremos cuanto deseamos.

Jesucristo está entre nosotros

Si preguntamos: ¿para qué instituyó Jesucristo la Eucaristía? Tenemos que responder: Para estos tres fines:

1) Para estar siempre *presente* con nosotros.

2) Para *ofrecerse* por nosotros en el sacrificio de la Misa.

3) Para darse en *alimento* espiritual en la sagrada Comunión.

Lo que hizo primeramente Jesucristo fue *prometer el pan del cielo*, un pan que es su misma carne, pan que encierra la vida eterna.

Y *¿cuándo cumplió esta promesa?* En la última Cena, cuando dijo: «Tomad y comed: Esto es mi cuerpo... Bebed todos: Ésta es mi sangre...».

La Misa es el cumplimiento de este encargo de Jesús: «Lo que yo he hecho en la última cena, hacedlo vosotros en memoria mía»; y en la Misa se cumple también lo que Él prometió en la sinagoga de Cafarnaum: *«Yo soy el pan vivo bajado del cielo... un pan que da la vida eterna...»*.

La Misa, por tanto, es un banquete eucarístico, *un banquete sacrificial muy importante*, porque a él se vinculan la vida eterna, la unión con Cristo, la resu-

rrección... (pues Él dijo que «el que comiera de este pan, le resucitaría en el último día»).

La Misa es un banquete conmemorativo, un banquete de sacrificio, porque en ella se come y se bebe el cuerpo y la sangre de Cristo, y por cierto aquella carne que el Salvador ofreció en la muerte, aquella sangre que fue derramada hasta la última gota.

Después de ofrecerse Jesús en la Misa, se da en comunión, y se queda en el Sagrario para ser nuestro compañero, y así podamos acercarnos a Él y visitarle, ya que «todas sus delicias son el estar con los hijos de los hombres» (Prov. 9, 31).

En el Sagrario se cumplen plenamente aquellas palabras de Jeśus: *« Yo estaré siempre con vosotros hasta la consumación de los siglos»* (Mt. 28, 20).

Venid, adorémosle (Sal. 95, 6).

Jesucristo está actualmente presente en la Eucaristia

La Eucaristía es el sacramento del cuerpo y sangre de Jesucristo bajo las especies de pan y vino.

¿Cómo sabemos que Jesucristo está presente en la Eucaristía? Lo sabemos:

1) Por las palabras de su promesa (Jn. 6, 26 ss).

2) Por las palabras de su institución (Mt. 26, 26-28; Lc. 22, 19).

3) Por la docrina de San Pablo (1 cor. 11, 27; 10, 16).

4) Porque la Iglesia así nos lo enseña.

1) La promesa eucarística

En el capítulo 6º de San Juan podemos ver como Jesús obró varios milagros, entre otros: el andar so-

bre las aguas sin hundirse, y la multiplicación de cinco panes y dos peces para dar de comer a más de cinco mil personas...

Las multitudes, después de este último milagro, le siguieron hasta la sinagoga de Cafarnaum, y allí, vuelto a ellos, les dice:

«Me buscáis no por los milagros que habéis visto, sino porque comisteis de los panes hasta quedar hartos... Trabajad por conseguir, no un manjar que se acaba o perece, sino uno que dura hasta la vida eterna, tal es el manjar que os dará el Hijo del Hombre...».

Así sigue el Señor su discurso hasta venir a decirles claramente: *«Yo soy el pan de vida que ha descendido del cielo y que da vida al mundo: quien comiere de este pan vivirá eternamente. Y el pan que yo daré es mi misma carne. Quien come mi carne y bebe mi sangre tendrá vida eterna y yo le resucitaré en el último día...».*

Las palabras de esta promesa son tan claras que los judíos y los apóstoles que las escucharon lo entendieron: entendieron *la realidad,* pero no la manera de darnos su carne, o sea, de *un modo sacramental.*

Entonces muchos judíos se apartaron de Jesús, y alguno de sus apóstoles empezó a dudar. Jesús les dijo entonces: ¿Queréis iros vosotros también? Respondió Pedro: «Señor, ¿a quién iremos? Tu tienes palabras de vida eterna.

Eta promesa la cumplió Jesús la víspera de su muerte al instituir la Eucaristía.

2) Institución de la Eucaristía

Jesucristo (la víspera de su Pasión) *tomó el pan en sus manos, lo bendijo, lo partió y lo dio a sus discípu-*

los diciendo: Tomad y comed: ESTO ES MI CUERPO, que será entregado por vosotros. Luego tomó el cáliz (con vino), lo bendijo y se lo dio diciendo: Bebed todos de él, porque ESTE ES EL CALIZ DE MI SANGRE..., que será derramada por vosotros. HACED ESTO EN CONMEMORACION MIA (Mt. 26, 26-28; Lc. 22, 19).

Notemos que Jesús dijo: ESTO ES MI CUERPO, que será entregado por vosotros», y como no fue entregado otro cuerpo por nosotros en la cruz, ni derramada otra sangre que la de Jesús, síguese necesariamente que Cristo verdadero Dios y verdadero hombre se contiene en la Eucaristía.

Y como el poder de consagrar, o sea, de convertir el pan en el cuerpo de Cristo y el vino en su sangre fue concedido por Él a sus apóstoles y por ellos transmitido a sus sucesores en virtud de las palabras: HACED ESTO EN CONMEMORACION MIA, síguese también que cuando ellos dicen: ESTO ES MI CUERPO, Cristo queda presente bajo las especies de pan...

Las palabras de Cristo: «Esto es mi cuerpo», deben entenderse en sentido obvio, porque así lo dicen los términos de la expresión, y porque son cumplimiento de una promesa real y lo confirman las circunstancias de la cena y el mandato de Cristo de darles a los apóstoles y sucesores este poder.

3) La docrina de San Pablo

El apóstol dice: *«Quien come el pan y bebe el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor. Examínese, pues, el hombre a sí*

mismo, y entonces coma del pan y beba del cáliz; pues el que come y bebe sin discernir el Cuerpo, come y bebe su propia condenación» (1 Cor, 11, 27-29).

Ante estas palabras tan graves y estos mandamientos tan solemnes con amenazas tan terribles, cabe preguntar: ¿qué discernimiento habría que hacer del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, si Él no estuviera allí presente en la Hostia consagrada? ¿Cómo podría decir el apóstol que el que comulga indignamente, come su propia condenación, si el pan continuara siendo pan?

San Pablo quiere que el que comulga sepa apreciar este don divino, y nadie se acerque en pecado mortal a comulgar. Luego añade: «Por eso hay entre vosotros muchos débiles y enfermos, y mueren muchos...» (L Cor. 11, 30).

Los santos Padres de la Iglesia y doctores han entendido estas palabras de las enfermedades y muertes físicas que se manifestaban en medio de aquellos fieles en castigo de su profanación de la adorable Eucaristía.

4) Doctrina de la Iglesia

La Iglesia en sus Concilios, especialmente en el de Trento dice: «Nosotros creemos en nombre de la Iglesia, que en este Santísimo Sacramento está presente el mismo Dios hecho hombre, a quien el Padre eterno al introducirlo en el mundo dijo: *«Adórenle todos los ángeles de Dios»* (Heb. 1, 6), a quien los Magos postrándose le adoraron, y a quien también, según la Biblia nos lo atestigua, le adoraron los apóstoles en Galilea».

La presencia real de Jesucristo en la Eucaristía nos la confirman además los testimonios de los Santos Padres de la Iglesia de todos los siglos.

En el siglo I San Ignacio de Antioquía, hablando de ciertos herejes, dice: «No admiten la Eucaristía porque no quieren confesar que ella es la carne de nuestro Salvador Jesucristo» (epist. ad Smmyrn.).

En el siglo II San Ireneo se expresa así: «El pan sobre el que se hace la oración de gracias es el cuerpo del Señor, y el cáliz es el cáliz de su sangre» (Adv. Haer.).

En el siglo III, Tertuliano (y lo mismo Orígenes): «Nos alimentamos con el cuerpo y la sangre de Jesucristo, a fin de que nuestra alma se nutra con el mismo Dios» (Lib. in resurrec.).

En el siglo IV San Agustín: «Con toda fe y sinceridad confesamos que después de la consagración, no hay más que la carne y la sangre de Cristo...».

Y San Ambrosio se hace este pregunta: «¿Cómo puede el pan ser cuerpo de Cristo?, y contesta: «Por la consagración». Pero ¿con qué palabras se hace la consagración? Con las palabras del Señor Jesús: *«Esto es mi cuerpo... ésta es mi sangre...»* Las palabras de Cristo son las que obran la consagración. Todo lo demás que se dice anteriormente, las alabanzas de Dios, la oración por el pueblo, por los reyes o los que gobiernan, lo dice el sacerdote; mas en cuanto llega a la consagración, ya no usa el sacerdote palabras propias, sino palabras de Cristo. La palabra de Cristo es, pues, la que obra el sacramento... Si Cristo dice: *ESTO ES MI CUERPO*, ¿quién se atreverá a ponerlo en duda?».

Podríamos ir citando testimonios de todos los siglos, pero citaré ya solamente el de San Cirilo de Je-

rusalén: «No debéis juzgar de estas cosas por el gusto, si no por la fe... Tened como cosa ciertísima que, después de la consagración, lo que parece pan a vuestros ojos, no es pan, aunque el gusto lo juzgue tal, sino el cuerpo de Jesucristo».

En consecuencia: Creemos que Cristo está realmente presente en la Eucaristía porque Él, Dios omnipotente, nos lo ha dicho, y la Iglesia, fundada por Él, nos lo enseña.

San Juan Crisóstomo dice: «Nuestros sentidos pueden engañarnos, el Verbo nunca. Y porque el Verbo nos dijo: *«Esto es mi cuerpo»*, aferrándonos a esta palabra; creamos y sepamos ver con los ojos del espíritu» (in Mt. 82, 4).

RFLEXIONES

Avivemos la fe en la Eucaristía

Según las palabras anteriores, Jesucristo está realmente presente en la Eucaristía, y está no en figura, sino en realidad.

Durante el espacio de siete años Salomón construyó en Jerusalén el gran templo con todo esplendor, sin escatimar el oro ni la plata, dedicado al Dios del cielo y tierra.

Una vez terminado, se llevó a él con toda solemnidad el Arca de la Alianza «el Sancta Sanctorum» al templo.

La Escritura Santa nos refiere que al colocar allí el Arca *«una nube llenó la Casa del Señor»*, sin que pudieran permanecer en ella los sacerdotes para el servicio por causa de la nube, pues *«la gloria del Señor llenaba la casa»* (1 Rey. 8, 10).

En la Antigua Ley el Señor se hallaba en la nube, en la oscuridad, como tenía dicho por Moisés (Lev. 16, 13), y así se manifestaba, pero invisible al hombre. Aquella nube era figura de la Eucaristía. En ella se ocultaba Dios, y ahora se oculta en la Eucaristía, donde está de un modo sacramental y real bajo los accidentes o especies de pan. Esto nos lo dice la fe apoyada en la palabra o autoridad de Dios.

La Eucaristía es un misterio de fe y de amor... «es

el sacramento del cuerpo y sangre de Jesucristo bajo las especies del pan y del vino», como tenemos dicho,... es presencia real de Jesucristo entre nosotros...

La Eucaristía, por tanto, no es una imagen material como las que veneramos en nuestros altares, ni es una reliquia inerte, ni un mero símbolo o recuerdo muerto de cosa que ya pasó, sino *algo vivo, real y permanente y siempre actual entre nosotros.* Es el mismo Jesucristo que ha querido morar en nuestros templos y sagrarios, donde *«nos espera para compadecerse de nosotros»* (Is. 30, 18).

Deber nuestro es visitarle. Pablo VI en la Encíclica «Misterium fidei» nos dice: «Durante el día los fieles no omitan el hacer la visita al Santísimo Sacramento... La visita es prueba de gratitud, signo de amor y deber de adoración a Cristo nuestro Señor, allí presente».

Nuestros templos son la Casa de Dios

El templo, nuestra iglesia, es la casa de Dios, porque Él viene a ella todos los días. Y ¿cuándo viene? Viene sobre el altar por la consagración, y por eso podemos decir que la Eucaristía es la Hostia consagrada, la que eleva el sacerdote en la santa Misa para ser adorada de los fieles, ya que en ella bajo los accidentes del pan, está oculta la divina Majestad, y es la Hostia que se encierra en el Sagraio y se nos da en alimento...

La Eucaristía es el mismo Jesucristo, el *«Dios con nosotros»,* y para nosotros, y con mayor razón que Moisés podemos exclamar: *«No hay nación tan grande como la nuestra que tenga a Dios tan cerca de*

sí», pues Él habita en medio de nosotros, en nuestros templos cristianos. Y ¡cuántos lo ignoran! Bien pudieran decir muchos como Jacob cuando el Señor se le apareció en la escala santa: *«Ciertamente el Señor está en este lugar, y yo lo ignoraba... Esta es la casa de Dios y la pueta del cielo»* (Gén. 26, 16).

Nuestros templos deben estar abiertos en horas oportunas. Pío XII en la «Mediator Dei», lo dice así:

«Procurad... que los templos edificados por la fe y por la piedad de las generaciones cristianas en el transcurso de los siglos, como un perenne himno de gloria a Dios, y como digna morada de nuestro Redentor, oculto bajo las especies eucarísticas, estén abiertos lo más posible a los fieles, cada vez más numerosos, a fin de que, reunidos a los pies de su Salvador, escuchen su dulcísima invitación: *«Venid a mí todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviaré»...*

Sólo así podrá suceder que toda la familia humana se pacifique en el orden, y con mente y corazones concordes, cante el himno de la esperanza y del amor: «Buen Pastor, Pan verdadero, Jesús, ten misericordia de nosotros; apaciéntanos Tú, guárdanos».

Juan Pablo II nos dice: «Jesús nos espera en este sacramento de amor. No escatimemos tiempo para ir a encontrarlo, en la adoración, en la contemplación llena de fe y abierta a reparar las graves faltas y delitos del mundo. No cese nunca nuestra adoración».

«El Dios de nuestra fe no es un Dios lejano, sino un Dios muy próximo, *cuya delicia es estar con los hijos de los hombres* (Prov. 8, 31)...

«¡Dios está aquí! ¡Venid, adoradores. Adoremos a Cristo Redentor!».

Respeto al templo del Señor

¿Por qué se debe reverencia al templo? Porque es la «Casa de oración», donde Dios tiene su morada.

Si se tenía un gran respeto al templo de la Antigua Ley, ¿qué veneración no debemos tener a nuestras iglesias donde está nuestro Dios no como en figura, sino que todo es realidad?...

En nuestras iglesias está además el altar donde se celebra el santo sacrificio de la Misa y donde Dios desciende y luego queda en el sagrario..., y en ellas está el tribunal de la penitencia y la cátedra donde desciende la Palabra de Dios...

Es cierto que la Majestad de Dios llena el universo con su presencia e inmensidad, y en todas partes tiene derecho a nuestro respeto y amor; pero quiere ser de un modo especial respetado y amado en nuestras iglesias porque ha querido permanecer sacramentado por nuestro amor: *«He aquí el Tabernáculo de Dios entre los hombres»* (Apoc. 21, 3).

Cuando Jesús vio el templo profanado, formó de cuerdas como un azote y echó a todos los profanadores.

Esta es una lección para que no lo profanemos nosotros, procurando entrar y salir de ellos con el máximo respeto, y no hablemos en ellos, reprimiéndonos un poco hasta salir a la calle. Es un lugar donde debemos hablar con Dios, levantando nuestro corazón a Él y no poniéndolo en el negocio temporal o interés o vanidad del mundo...

Tercera parte

SIGUIENDO LA SANTA MISA

Introducción

Para saber bien qué es la Misa vamos a explicar algunas ceremonias, y esto nos llevará a apreciarla más y oirla con mayor provecho y devoción.

El sacerdote, revestido de ornamentos sagrados, sale de la sacristía y se dirige al altar.

–*Los ornamentos sagrados* son su traje special de embajador nuesro ante Dios, y ante Él habla en nombre de todos.

–*El altar* representa el Calvario o Gólgota donde Cristo fue crucificado y donde ahora se actualiza aquel sacrificio de su Pasión y Muerte... y también representa al mismo Cristo...

–*El sacerdote* tiene una doble función: unas veces representa a Cristo, Mediador entre Dios y los hombres, y obra en nombre de Cristo, o mejor «en la persona de Cristo», vg. cuando dice en la consagración: *«Esto es mi cuerpo...»*, es Cristo el que actúa a través del sacerdote celebrante, y lo mismo que decimos al hablar de los sacramentos, debemos decir de la Misa... Cuando el sacerdote absuelve, es Cristo el que absuelve; cuando el sacerdote bautiza, es Cristo el que bautiza... y por lo mismo cuando él pronun-

cia: *«Esto es mi cuerpo»*, es Cristo quien lo dice, son sus palabras.

Otras veces el sacerdote representa al pueblo vg. cuando ora en favor de todos; más entonces el pueblo debe unirse a Cristo y con Cristo a través del sacerdote celebrante, porque así participan más en la Misa todos los fieles como miembros del cuerpo místico de Cristo...

–*Partes fundamentales de la Misa*, son dos: 1.ª *La Liturgia de la Palabra*, en la que Dios nos habla por medio de las lecturas bíblicas, y 2.ª *la Liturgia de la Eucaristía* en la que Cristo se hace presente por las palabras de la consagración. Estas a su vez comprenden otras partes según el esquema siguiente (en total 5 partes para mejor aclaración):

1.ª *Liturgia de la Palabra:*
(Antemisa)
1) Acto penitencial o ritos de apertura.
2) Lecturas bíblicas.

2.ª *Liturgia de la Eucaristía:*
(La parte esencial es la consagración)
3) Ofertorio
4) CONSAGRACION
5) Comunión

1) COMIENZO DE LA MISA...

Al llegar el sacerdote al altar lo besa en señal de amor a Cristo, y lo hace también en nombre de los fieles y viene a significar el beso que la Iglesia entera da al Esposo, que es Cristo. (Al salir de la sacristía suele haber un canto de entrada o recitación de una

antifona por un lector, y sino lo haría el sacerdote después del saludo).

–*La señal de la cruz.* Comenzamos esta obra santa con la invocacón de la Santísima Trinidad: «En el nombre del Padre...». Debemos hacer esta señal con gran devoción, pensando en el sacrificio que vamos a celebrar.

–*Saludo.* Puede hacerse de dos maneras: *«La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo esté con todos vosotros»*, también diciendo: *«El Señor esté con vosotros»*. Esta fórmula es un saludo que nos hace la Iglesia deseándonos la paz del Señor, Dios Uno y Trino, o el deseo de que esté con todos asistiéndonos y ayudándonos... Y se le contesta: *«Y con tu espíritu»*.

–*ACTO PENITENCIAL.* El sacerdote celebrante y toda la comunidad que asiste a la Misa se declaran pecadores, haciendo una confesión genérica para obtener el perdón de sus faltas veniales (para el perdón de los pecados mortales hay que hacer confesión sacramental).

Esta humillación y arrepentimiento de las faltas, indica que debemos asistir al sacrificio del Señor limpios, según lo dicho por el apóstol San Pablo: *«Examínese a sí mismo el hombre..* y no se acerque a recibir indignamente el pan de la Eucaristía»...

–*Kyrie,* el «señor, ten piedad» forma parte del acto penitencial. Es «un canto con el que los fieles aclaman al Señor y piden su misericordia». Es una bella oración de reconciliación con Dios. El que tenga un

pasado lleno de pecados, recuerde la del publicano: *«Señor, ten piedad de mi que soy un pobre pecador»...*

–*Gloria.* En las fiestas y domingos que no sean de Adviento o de Cuaresma, se dice el «Gloria», cántico de alabanza, el de los ángeles en la Natividad del Señor. El Gloria tiene tres partes: Al Padre, al Hijo y al Espíritu santo. (El Gloria abreviado es el «Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo»).

–*Colecta.* Sigue una oración, «súplica de la Iglesia reunida». Al decir el sacerdote: «Oremos» es una invitación que nos hace para que oremos todos, pues es una oración de la Iglesia, y el sacerdote la hace en nombre del pueblo. El sacerdote al decir: «Oremos», guarda unos instantes silencio, y es para darnos cuenta que estamos en la presencia de Dios, a quien nos dirigimos.

Nota: Así termina la «parte preparatoria» en la que suele predominar el acto penitencial. En esta parte primera nosotros hemos *rezado y hablado a Dios,* y ahora sigue otra segunda parte de la «Antemisa», que es la «Liturgia de la Palabra» propiamente, en la que *Dios nos habla,* y nos disponemos a escucharle.

2) LAS LECTURAS BIBLICAS

Hasta aquí hemos rezado (1.ª parte). Ahora Dios nos habla (Epístola o cartas de Dios y el Evangelio. Es la 2.ª parte).

La Sagrada Escritura (de donde están tomadas es-

tas lecturas) es «la palabra de Dios escrita», y cuando la leemos o escuchamos es Dios el que nos habla, y por eso al terminar la lectura se dice: PALABRA DE DIOS, y el pueblo responde: TE ALABAMOS, SEÑOR.

El alimento de nuesra vida espiritual está en la palabra de Dios leida o escuchada con atención para vivirla y llevarla a la práctica, y también en la Eucaristía...

Antes de leer el Evangelio, el sacerdote se inclina ante el altar y dice en secreto esta oración:

«Purifica mi corazón y mis labios, Dios omnipotente, de manera que pueda anunciar dignamente tu santo Evangelio», y a continuación dice:

«El Señor esté con vosotros», y es como una advertencia que hace a todos, para que se dispongan a oír con atención el Evangelio. Decir: «El Señor esté con vosotros» es el mayor bien que se puede desear, porque Dios es el Señor de todo bien. En el Evangelio nos ponemos de pie para indicar que estamos dispuestos a oír la palabra de Dios y a cumplirla.

Terminada la lectura del Evangelio, el sacerdote lo besa, y en las misas solemnes lo inciensa. Este libro merece el máximo honor por contener y ser palabra de Dios.

–*La homilía.* Esta suele ser una explanación más desarrollada y viva de las lecturas de la Sagrada Escritura.

–*El Credo o Profesión de fe* se recita los domingos y ciertos días de fiesta, tomando parte sacerdotes y fieles, pues todos profesamos la misma fe, y el «Credo» es el resumen o compendio de las verdades reveladas por Dios, que debemos profesar como católicos.

–Oración de los fieles. Con esta oración termina la «Liturgia de la Palabra». En ella se elevan súplicas por la Santa Iglesia, por los gobernantes, por los oprimidos de varias necesidades, y a veces por intenciones particulares y por todos los hombres...

LITURGIA DE LA EUCARISTIA

Hasta aquí hemos explicado la *Antemisa*, y ahora empieza la parte principal de la Misa, que comprende tres partes:

–El ofertorio en el que damos o presentamos a Dios el pan y el vino.

–La consagración, para que Él los consagre, y *La Comunión o banquete del sacrificio*, para que nos los devuelva hechos «Pan de Vida» y «Bebida de salvación».

3) EL OFERTORIO (3.ª parte de la Misa)

La liturgia eucarística comienza llevando al altar el pan y el vino, que se convertirán en el cuerpo y la sangre de Cristo.

Ahora el pan y el vino en vez de tener un sentido directo de ofertorio, tiene el de *una simple presentación.*

A Dios, pues, no le ofrecemos pan y vino, sino que le bendecimos o alabamos por el pan y el vino en el momento de presentarlos, los que después, mediante la oración consecratoria, serán «pan de vida» y «be-

bida de salvación», y entonces es cuando le ofrecemos a Dios el cuerpo y la sangre de Cristo.

El pan y el vino son dones que hemos recibido de la generosidad de Dios, y en cierto modo nos representan a nosotros, nuestros trabajos y ocupaciones, y se los presentamos y vuelven a Él, fuente de todo bien.

El pan y el vino entre todas las cosas de la naturaleza son las que mejor representan la esencia de la vida, y llevando ante el Señor estas dos cosas que nos dan la vida y que nos nutren, también, equivalentemente, nos llevamos a nosotros mismos al sacrificio de la Misa, pues el cristiano está llamado a sufrir con Cristo.

Lo mejor que podemos hacer es avivar nuestra fe y *presentarle* en la patena junto con el pan, fruto de nuestros trabajos y sudores, lo que nos es más querido: nuestra vida con nuestras penas y sufrimientos, nuestro ser entero y ante todo mi corazón, para que el Señor lo acepte y luego nos cambie y transforme purificándonos en la consagración, para su servicio, *al ofrecernos juntamente con Él,* y más tarde, *al participar del altar* de la Víctima sagrada, o sea, al comulgar, seamos «uno con Él» hasta poder decir con San Pablo: «Vivo yo, mas no yo, sino Cristo es el que vive en mí» (Gál. 2, 20).

Las gotitas de agua

Al echar el sacerdote el vino en el cáliz, echa también unas gotitas de agua. Esta mezcla del agua con el vino simboliza la *Unión de la humanidad con la divi-*

nidad. Y lo que hacemos entonces es esto: Por la gotita de agua (símbolo de lo poquito que podemos nosotros, los hombres, dar a Dios), *le pedimos que nos haga partícipes de la divinidad* de Aquel que se ha dignado revestirse de nuestra humanidad.

Una reflexión sobre las gotitas de agua

Dice el profeta Isaías que, «todas las naciones son delante de Dios como una gota de agua...» (40, 15) o de rocío (Sab. 11, 23), y si esto es el mundo, ¿qué seremos cada uno en particular?...; pero considerémonos cada uno, al asistir a Misa, como una gotita de agua...

Las gotitas de agua que se mezclan al instante con el vino, se convierten muy pronto, como el mismo vino, en la sangre de Jesucristo... ¡Ah! si tú fueras una gotita de agua, ¿no te pasaría lo mismo? Pues eso es lo que pide ahora el sacerdote al mezclar el agua con el vino: y eso mismo, es lo que debes pedir tú a nuestro Señor... que seas como *una gotita de agua que cae dentro del cáliz;* que al recibir a Jesucristo en la comunión y al caer en el mar sin fondo y sin orillas de su divinidad, desaparezcas tú y tus pecados, y tus vicios y tus defectos... y quedes convertido en Jesucristo...! Como una gotita de agua que cae en el cáliz! Esto somos todos los hombres, los más santos y los más pecadores, cuando Jesucristo nos une consigo...

«Una gota de agua...» ¡última y suprema expresión de los seres y de los mundos!... Y, sin embargo, ...yo, laico, aquí me siento verdaderamente sacerdote. Añado algo al sacrificio. Traigo mi hostia pra ser víctima con la Víctima...».

Después de la presentación del pan y del vino

El celebrante se inclina sobre el altar y dice en secreto:

«Con espíritu de humildad y corazón contrito seamos recibidos por tí, Señor, y de tal manera sea ofrecido hoy nuestro sacrificio en tu presencia, que te sea agradable, ¡Señor Dios!» («Un corazón contrito y humillado, Dios no lo desprecia» (Sal. 51, 19). ¡Cuánto vale esta actitud en la presencia del Señor!

–*Lava las manos diciendo:* «Lava, Señor, mi iniquidad y purifica mi pecado».

Este rito de lavar las manos era práctico para quitar el polvo de las ofrendas, y hoy con él se expresa el deseo de una purificación interior.

Orad hermanos...

El sacerdote, vuelto al pueblo, extendiendo y uniendo las manos, dice:

«Orad hermanos, para que este sacrificio mio y vuestro, sea agradable a Dios Padre Todopoderoso».

Esta es una invitación solemne que hace el sacerdote a la asamblea, para que todos oren juntamente con él, a fin de que el sacrificio «mío y vuestro» (pues no hay más que un solo y mismo sacrificio, una sola y misma Misa) sea aceptable al Señor; más notemos que dice el sacerdote ministerial «mío» porque es el que consagra «en persona de Cristo», el que lo representa, y «vuestro», porque Cristo dejó a su Iglesia un sacrificio visible, y todos deben unirse al celebrante como «cooferentes».

Los fieles recogiendo esta invitación, inmediatamente responden:

«El Señor reciba de tus manos este sacrificio, para alabanza y gloria de su nombre, para nuestro bien y el de toda su santa Iglesia».

La oración de las ofrendas

Con esta oración, llamada antiguamente «secreta» se cierra el rito del ofertorio, y así termina la primera parte de la Liturgia de la Eucaristía). El sacerdote ruega a Dios que no desprecie las ofrendas del pueblo.

4) PLEGARIA EUCARISTICA

–*El Prefacio* significa «prólogo». Es un cántico de alabanzas y de acción de gracias: Por eso se llama «plegaria eucarística».

El sacerdote invita al pueblo a elevar el corazón hacia Dios en una oración y rendimiento de gracias, y así dice: «Levantemos el corazón» de la tierra hacia Dios... y que «demos gracias»... Estas palabras tienen un significado bien específico, equivalen a decir: «Consagremos la Eucaristía, o bien «eucaristicemos»..., pongámonos a celebrar el santo sacrificio, que es la «acción de gracias», y esto significa «Eucaristía»...

«Es justo y necesario». A Dios le debemos dar gracias «siempre y en todo lugar» por los innumerables beneficios recibidos...

El Sanctus. Al prefacio sigue el trisagio: «Santo, Santo, Santo, es el Señor, Dios del universo, llenos están el cielo y la tierra de tu gloria...».

Este es el canto de los ángeles, el que ellos cantan contínuamente en el cielo (Is. 6).

El Benedictus. Sigue el canto de los apóstoles o del pueblo, cuando la entrada de Jesús en Jerusalén el domingo de Ramos: «Bendito el que viene en el nombre del Señor. Hosanna en el cielo».

Fijémonos bien en estas palabras: *«Bendito el que viene»* pues el que viene ahora es Cristo al altar.

Cambia ahora su trono del cielo por el trono de la cruz, donde quiere hacerse presente en el altar, recordándonos su sacrificio cruento del Calvario.

Transición

El celebrante recordando que Dios es el autor de toda santidad (y que con razón deben alabarle todas sus criaturas), dice:

«Santo eres en verdad, Señor, fuente de toda santidad...» e implora el poder divino para que los dones que han ofrecido los hombres queden consagrados, es decir, el pan y el vino se conviertan en el cuerpo y la sangre de Cristo, y para que la Hostia inmaculada que se va a recibir en la Comunión sea para la salvación de quienes la reciban.

Ahora el sacerdote extiende las manos sobre el cáliz y la Hostia, indicándonos que está próxima la Consagración, la inmolación de la Víctima divina, y todos deben caer de rodillas para disponerse a adorarla.

Los sacerdotes de la Antigua Ley solían extender sus manos sobre los animales que iban a ofrecer en sacrificio, como queriendo hacer pasar sus pecados sobre la víctima que se inmolaba (Lev. 4, 24): Era

una ceremonia que tenía este significado, *la satisfacción del pecado por sustitución.*

Ahora la liturgia quiere darnos a entender que, sobre la Víctima que va a sacrificarse en el altar, sobre Jesucristo, recae la deuda abrumadora, infinita de todos los pecados del mundo.

La inmolación de Cristo en la cruz, vuelve a reproducirse de un modo muy real, aunque incruento en el sacrificio de la Misa.

LA CONSAGRACION
(4ª parte de la Misa)

Esta es la parte principal y más esencial de la santa Misa. Ya está cerca el momento en que aparecerá sobre el altar el cuerpo y la sangre del sacrificio de Cristo.

Ahora Cristo, sumo y eterno sacerdote renovará, hará actual su oblación y muerte de cruz.

Ahora baja el Señor, transfigurado y glorioso, desde el trono celestial a nosotros.

Ahora se realiza la obra de la redención.

Cristo mismo es el sacerdote del sacrificio, el gran oferente invisible; el hombre, el sacerdote que vemos, queda en segundo término, pues no es más que el instrumento visible; por eso sus palabras y acciones son las mismas que las de Cristo en la última Cena.

Consagración del pan y del vino

En este momento el sacerdote celebrante identificado con Cristo, hace lo que Él hizo: toma el pan como Él en sus manos... y dice su fórmula consecretaria, o sea, sus mismas palabras omnipotentes y creadoras que realizan lo que significan, esto es, la misma maravillosa *conversión total o transubstanciación,* que obraron en la última Cena, al decir: Tomad y comed: *ESTO ES MI CUERPO...».*

Terminada la consagración del pan, el sacerdote levanta la sagrada Hostia consagrada, es decir, muestra al pueblo el Santísimo Sacramento para que le adore, humildemente oculto bajo los accidentes del pan. Después lo coloca sobre la patena, puesta sobre los corporales y se arrodilla él también para adorarle, y prosigue el relato de la *Consagración del vino,* en la que pronuncia las mismas palabras que Cristo pronunció sobre el cáliz:

«Tomad y bebed todos de él, porque *éste es el cáliz de mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna,* que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados. Haced esto en conmemoración mía».

El sacerdote consagrante levanta a continuación el cáliz para que el pueblo pueda adorar la sangre de Jesucristo, la Víctima divina, y luego lo pone sobre los corporales y se arrodilla él también para adorarla.

Todos debemos mirar con gran veneración y fe la Hostia Santa, al igual que en otro tiempo los judíos miraban en el desierto aquella misteriosa serpiente, figura de Cristo en la cruz y que Dios mandó hacer a Moisés, para que cuantos la mirasen, arrepentidos de

sus pecados, quedaran sanos. Y así lo dijo el mismo Jesucristo:

«Y como Moisés puso en alto la serpiente en el desierto, *así es necesario que sea puesto en alto el Hijo del hombre, para que todo el que crea en El tenga la vida eterna»* (Jn. 3, 14-15).

Al ser nuestros pecados como mordeduras de serpiente, debemos mirar a la Hostia Santa, donde Cristo ha sido puesto en estado de inmolación, y pedirle perdón, confesándonos culpables de su muerte, para recuperar la gracia divina. Y estaría bien decir entonces como el apóstol Tomás *«Señor mío* y *Dios mío»*.

Breves reflexiones

Por ser la «Consagración» el punto céntrico del Santo Sacrificio de la Misa, y el momento en que Jesucristo viene a la Iglesia sobre el altar, conviene que meditemos algo sobre este gran misterio.

¿Para qué viene el Señor a nosotros?

Jesucristo, nuestro Dios, viene todos los días sobre el altar santo para defendernos contra la justicia o castigos de Dios.

Tanta es la malicia y la perversidad de la humanidad que parece pudiéramos aplicarnos hoy aquellas palabras del Génesis (6, 12): «Toda la tierra está llena de iniquidad...».

¡Cuántos pecados, blasfemias, crímenes se cometen todos los días!... Y no pensamos que cada pecado es una voz que se eleva al cielo, y que clama venganza contra nosotros, como la sangre de Abel clamó otro día contra Caín: «Caín, ¿qué has hecho? La voz

de la sangre de tu hermano está clamando a mi desde la tierra» (Gén. 4, 10).

¿Por qué no caen más castigos sobre nosotros? ¿Quién podrá detener el golpe de la justicia divina sobre el mundo pecador? Miremos a Cristo sobre el altar santo. Él es el que se interpone entre el cielo y la tierra, esto es, entre Dios Padre y los pecadores.

Un día Jesucristo en el Calvario, elevado entre el cielo y la tierra, ofreciendo su vida, sus dolores y su sangre a la justicia divina, dijo en favor nuestro: «Padre, perdónales...».

La Santa Misa es el Calvario renovado, el sacrificio de Cristo en la cruz actualizado, la misma Víctima es elevada en nuestros altares..., y en el momento que el sacerdote la eleva entre el cielo y la tierra, para ser vista y adorada de los fieles, Jesús repite al Padre: *«Padre, perdónales...».*

Miremos a la Hostia Santa...

Cuando el sacerdote celebrante eleva la Hostia Santa en la que Jesucristo está real y verdaderamente presente, por ser pecadores y haber ofendido a Dios, todos debemos dirigir a Él (que se ofrece a sí mismo como Víctima a su eterno Padre por manos del sacerdote), una oración parecida a la que un día le dirigió un capitán de navío, llamado, Alfonso Albuquerque.

Este capitán, al ver que la nave se iba a pique y que los pasajeros gritaban por tenerse por perdidos ante la gran tempestad levantada en el mar, tomó un niño pequeñito de los brazos de su madre, y levantándolo al cielo, hizo esta oración:

«¡Gran Dios, Dios justo, terrible y omnipotente! Nosotros todos somos pecadores y merecemos mil veces la muerte; pero este niño es inocente. ¡Oh Dios de caridad y misericordia! Por amor de este niño, perdonadnos a todos y salvadnos de la borrasca y de la muerte!».

Tanto agradó a Dios este acto de fe viva, y esta sencilla y fervorosa oración, que pronto cesó el viento, serenóse el cielo, se calmaron las ondas y todos se salvaron.

También nosotros, cada uno en particular en el momento de la elevación puede decir:

«¡Padre eterno, por amor a tu Hijo Jesucristo, Víctima inocente, que cargó con nuestros pecados, perdónanos y lléNanos de su gracia!»...

Reconociendo que la Misa es la actualización del sacrificio del Calvario en el que Jesús se ofrece al Padre para la salvación del mundo, nuestro deber debiera ser asistir a ella y, a poder ser, diariamente, para unir nuestras súplicas, con las de las almas santas, a la gran súplica que Jesús eleva al Padre en favor nuestro.

San Leonardo de Puerto Mauricio dijo un día: «Si no fuera por la Misa, a estas horas el mundo se habría hundido ya para siempre bajo el peso de sus crímenes».

Este es el sacramento de nuestra fe

Al terminar la consagración es el momento de hacer un acto de fe en el dogma de la Eucaristía. Nuestra fe estriba en la palabra de Dios.

Jesucristo está realmente en la Eucaristía, en la Hostia Santa, porque Él mismo nos lo ha dicho, y siendo Él Dios que no puede engañarse ni engañarnos, debemos creerle.

En la consagración el sacerdote *actúa en nombre y en persona de Cristo*, y lo que hizo Cristo es lo que hace él con el poder conferido por el mismo Cristo.

La Misa *re-presenta*, esto es, *vuelve a presentar y hacer actual* el sacrificio de la cruz.

En la doble consagración del pan y del vino está la esencia del sacrificio de la Misa, si bien hay que tener presente que *la Comunión* que sigue después es necesaria como *parte integral* del mismo sacrificio.

Jesucristo que se ofrece en la Misa es el mismo que se ofreció en la cruz, y como Él se inmoló por nosotros, también nosotros debemos inmolarnos juntamente con Él.

Pío XI en la *«Miserentissimus Redemptor»* dice: «La inmolación de los sacerdotes, ministros del altar, y la de los otros fieles, debe juntarse con la de Cristo, para que ellos también sean hostias vivientes, santas, agradables a Dios».

Y el Vaticano II: «En la santísima Eucaristía se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, a saber, Cristo mismo... y los hombres son invitados y conducidos a ofrecerse a sí mismos, sus trabajos y todas sus cosas en unión con Él mismo... Los presbíteros, consiguientemente, enseñan a fondo a los fieles a ofrecer a Dios Padre la Víctima divina en el sacrificio de la Misa y a hacer, juntamente con ella, oblación de su propia vida» (PO. 5).

Anunciamos tu muerte...

Después de decir el celebrante: «Este es el sacramento de nuestra fe», contestan los fieles:

«Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ¡ven, Señor Jesús!».

Cuantas veces celebran la Eucaristía los sacerdotes «anuncian la muerte del Señor hasta que Él venga» (1 Cor. 11, 26).

Nosotros ahora, así como celebramos en la Eucaristía juntamente con la muerte su resurrección, así debemos renovar con Cristo nuestra muerte al pecado y nuestra resurrección a la vida de la gracia.

Oblación de la Víctima

El celebrante dice luego con las manos extendidas:

«Así pues, Padre al celebrar ahora el memorial de la muerte y resurrección de tu Hijo, te ofrecemos el pan de vida y el cáliz de salvación...».

La Misa es ante todo memorial del Calvario, que culmina en la resurrección, como causa final de todo.

Ahora es cuando la iglesia aquí reunida, ofrece al Padre la Hostia inmaculada: «el pan de vida y el cáliz de salvación». Cristo presente en el Altar es el «Pan vivo bajado del cielo, el que da vida al mundo...».

Lo que la Iglesia pretende es que los fieles no sólo ofrezcan la Hostia Inmaculada, sino que aprendan a ofrecerse a sí mismos como ya tenemos dicho (Lit. 48).

(Algunos se han extrañado de que aquí no se diga «celebrando esta Eucaristía» en vez de decir como está en el canon: «celebrando esta liturgia», sin em-

bargo, el término «liturgia» es más amplio y abarca toda la celebración).

Intercesiones

Los cristianos hemos de vivir unidos por la participación de la Eucaristía, y formando una grande y santa unión: la Iglesia *peregrinante*, la Iglesia *purgante* y la Iglesia *celeste o triunfante*, y por eso en las intercesiones u oraciones siguientes pedimos por la Iglesia extendida por toda la tierra, por el Papa, por nuestro obispo, por nuestros difuntos, e imploramos la intercesión de la Virgen, los apóstoles y los santos.

Conclusión de la plegaria eucarística

Se cierra el canon o plegaria de la Misa con una acción de gracias: «Por Cristo, con Él y en Él, a Tí, Dios, Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos».

Y se hace otra elevación del sacramento.

El pueblo termina diciendo: *Amén.* (Este «Amén» significa «Así sea», y es distinto del «Amén» de la Comunión, que significa: «Así es», «lo creo»...).

5) La Comunión o sagrado banquete (5ª y última parte de la Misa)

Después de la Consagración que es la parte más importante de la Misa, sigue la Comunión, parte *integrante* de la misma.

Si preguntamos ¿por qué se inmoló Cristo bajo las

especies de pan y vino?, responderemos: Porque Él quiso dejar a su Iglesia un sacrificio visible que terminara en Comunión, y por eso instituyó el banquete eucarístico sagrado o sacrificial.

Comunión propiamente significa «unión con Jesús»; pero es más precisa la expresión *«banquete del sacrificio»* porque justamente todos tomamos parte en el banquete que propiamente pertenece al sacrificio.

Para entender esto recordemos los sacrificios del A.T.

Muchos de estos tenían adjunto o unido a sí *un banquete sagrado,* o sea, participación del animal o víctima que se ofrecía. Cuando una familia llevaba un becerro o un cordero al Templo, se lo entregaban al sacerdote para que lo degollaran, y luego *una parte de él* se quemaba en presencia de los que lo habían ofrecido, y *otra parte* se reservaba para comida sagrada de los mismos oferentes (era la invitación de Dios a su mesa), pues la víctima ofrecida pasaba a ser sagrada, o sea, de Dios.

Esto ha hecho Cristo en el Nuevo Testamento. Como no podíamos comer su carne en la cruz, instituye la Misa para que en todos los tiempos se coma el fruto de la cruz, bajo las especies alimenticias de pan y vino.

Así la Cruz se convierte en el segundo árbol de vida: su fruto es el verdadero pan de vida.

Ahora comprenderemos «la promesa eucarística», la que Jesucristo hizo, y de la que nos habla San Juan en el cap. 6º de su Evangelio: *«Yo soy el pan bajado del cielo... y el pan que yo daré es mi misma carne para vida del mundo... el que coma mi carne y beba mi sangre tendrá vida en él...».*

Así se nos da en alimento, y se nos da en la Comunión, de un modo sacramental.

No puede haber Misa sin el complemento de la Comunión. Es verdad que no obliga a todos la comunión: obliga por lo menos al sacerdote, porque al sacrificio sigue inseparablemente el banquete por mandato de Cristo: *«Tomad comed...; tomad y bebed...».*

La Misa es un *banquete conmemorativo,* pues el Salvador dice: «Comed y bebed... Haced esto en memoria mía».

El banquete, por tanto, se celebra en recuerdo de Cristo.

La Misa es también, como hemos dicho, *un banquete de sacrificio,* porque en ella se come y se bebe el cuerpo y la sangre del Señor, y por cierto aquella carne que el Salvador ofreció en la muerte, aquella sangre que en la muerte fue derramada hasta la última gota.

Sería de desear que todos los fieles pudiesen comulgar; no se obliga a nadie; pero el comer es algo normal cuando se asiste a una mesa.

Los que no comulgan perciben sin embargo los frutos del sacrificio: Adoración, acción de gracias, expiación, impetración, pero se privan de las promesas del Pan de vida (Jn. 6).

Sin embargo hay que comulgar por precepto divino algunas veces en la vida; y por precepto eclesiástico al menos una vez al año...

La Misa es ante todo un sacrificio; pero es sacrificio con comunión de la Víctima sacrificada.

Normalmente se da la comunión en la Misa, o sea, a continuación del sacrificio. Se puede dar también fuera de la Misa y llevarla a los impedidos y enfermos.

El «Padre nuestro»

El «Padre nuestro» recitado o cantado por toda la asamblea, se ordena a la Comunión. Es la mejor oración y la más excelente porque nos la enseñó Jesucristo, y porque encierra cuanto podemos y debemos pedir, como hijos de Dios.

El sacerdote invita a los fieles a que recen el Padre nuestro, por ser «la oración de la mesa», preparación para el banquete. En esta oración *pedimos para Dios* su gloria, que el nombre de Dios sea santificado o glorificado y que venga a nosotros su reino..., y *pedimos para nosotros* el pan de cada día, no sólo el pan material, sino también y principalmente el espiritual, que pronto vamos a recibir..., y a su vez el perdón de los pecados, que no nos deje caer en la tentación y nos libre del mal...

Embolismo

A continuación del «Padre nuestro» sigue el «embolismo» palabra griega que significa «añadidura o intercalación» y desarrolla la última petición del «Padre nuestro», refiriéndose a la paz o comunión.

Debemos vivir libres de pecado y preparados siempre para la gloriosa venida de Cristo.

«Líbranos, Señor, de todos los males y concedenos la paz en nuestros días, para que ayudados de tu misericordia, vivamos siempre libres de pecado...

La asamblea concluye con esta aclamación: «Tuyo es el reino, tuyo el poder y la gloria por siempre Señor».

Rito de la paz

Con este rito los fieles imploran la paz y la unidad para la Iglesia y toda la familia humana... La manera de expresarse la caridad o amor mutuo en el templo es, bien dándose las manos, o bien simplemente con una pequeña inclinación de cabeza unos a otros.

El sacerdote invita a todos a darse la paz con estas palabras:

«Daos fraternalmente la paz».

Fracción del pan

La «fracción» pertenece a las prácticas más antiguas de la Liturgia, y es la que dio nombre a la Eucaristía (Hech. 2, 42; 20, 7 y 11), y podemos decir que la «fracción del pan» fue el primer nombre de la santa Misa.

El sacerdote fracciona la Hostia sobre la patena, y echa una partícula en el cáliz, diciendo en secreto:

«Esta mezcla y consagración del cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo nos sirva al recibirla para la vida eterna».

Esta costumbre de echar en el cáliz un trozo de forma tiene al parecer origen de la necesidad de reblandecer el pan ázimo, endurecido, que se había consagrado en otra Misa anterior como viático o fermento, y se juntaba en la Misa más reciente para significar la identidad de una Misa con otra, o sea, la continuidad y unidad del sacrificio de la Iglesia. Es el mismo sacrificio de la cruz.

El «Agnus Dei» o Cordero de Dios...

Mientras la «fracción» se canta o reza el «Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo...» (es el Cordero Pascual inmolado, que vamos a recibir: es Cristo).

Los fieles con estas invocaciones piden a Jesucristo el Cordero Inmolado por nuestros pecados, que los purifique, para hallarse más dignos de recibirle en la comunión.

Comunión

«El sacerdote se prepara con una oración en silencio para recibir con fruto el cuerpo y la sangre de Cristo: los fieles hacen lo mismo orando en silencio».

Los fieles que asisten a Misa debieran acercarse todos a comulgar, porque es la manera de unirse a la Víctima sagrada, y de participar en el sacrificio. (Lit. 55); pero no deberán hacerlo los que estén en pecado mortal. Sabido es que para salir de este estado es necesaria normalmente una sincera confesión en el sacramento de la penitencia. San Pablo dice: *«Prepárense a recibir este pan, porque el que indignamente lo recibe* (sin las debidas disposiciones) *es reo del cuerpo y de la sangre del Señor»* (1 Cor. 11, 25-27).

REFLEXIONES

Sagrarios de Cristo

Esto somos todos los fieles al recibir la Comunión. Todo el que comulgue debe recogerse y pensar en el gran Huésped que se ha dignado venir a él. En esos momentos bien podemos recordar aquellas palabras de San Pablo:

«¿No sabéis que sois templos de Dios y que el Espíritu Santo habita en vosotros?» (1 Cor. 6, 9).

Hagamos unas breves reflexiones:

Todos los seres vivientes de la creación necesitan alimento. Todo el que vive debe sostener la vida por alimentos tomados fuera de él. Dios es el único que no está sometido a esta ley, porque Él es *la Vida misma,* y Jesús dijo: *«Yo soy la Vida»* (Jn. 14, 6), y se proclama el *«Autor de la Vida»* (Jn. 11, 27; Hech. 3, 15), y *«vino para quė las almas tengan vida...»* (Jn. 10, 10).

El alimento debe ser proporcionado a la naturaleza del ser: un pez..., un pájaro..., un caballo... tienen su alimento proporcionado...

¿Cuál es el alimento de mi cuerpo? El pan de la tierra, porque mi cuerpo viene de la tierra y volverá a la tierra: *«Polvo eres y al polvo volverás»* (Gén. 3, 19).

¿Cuál es el alimento del alma? El pan del cielo, porque ella viene del cielo y volverá al cielo... *«El polvo o cuerpo se tornará a la tierra que antes era, y a*

Dios retornará el espíritu que El le dio» (Ecl. 12, 7).

Y *¿Dónde hallar este pan del alma?* Escuchemos la palabra de Jesús: *«Yo soy el pan que bajó del cielo»* (Jn. 6, 41). *«Mi carne es verdadera comida»* (Jn. 6, 56). He aquí el alimento de mi alma.

Este alimento lo debemos tomar tan amenudo como podamos. Para demostrarlo veamos que nos dice el Corazón de Jesús, qué nos dice la Iglesia y que pide nuestro corazón.

–*El Corazón de Jesús: «Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros...»* (Lc. 22, 15), y veamos cómo al instituir la Eucaristía tomó el pan, lo bendijo, lo partió y lo dio a sus discípulos diciendo: *Tomad y comed: Esto es mi cuerpo...*

Esto mismo es lo que nos dice cada vez que venimos delante del Sagrario y asistimos a Misa...

Veamos sus promesas y amenazas: 1) *«El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y yo le resucitaré el último día»* (Jn. 6, 54); 2) *«Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre no tendréis vida en vosotros»* (Jn. 6, 53).

Además ¿qué materia ha empleado Jesucristo para instituir este sacramento? El pan, el alimento más común, el más general, el de todos los días... Y si Él nos dice: «Yo soy el pan vivo bajado del cielo» y quiere quedarse entre nosotros bajo los accidentes del pan, ¿no manifiesta ya su deseo ardiente de penetrar en nuestras almas?...

–*¿Qué nos dice la Santa Iglesia?* Alguno quizá diga: El deseo de la Iglesia es conocido, ella quiere que comulguemos una vez al año. No nos equivoquemos. La comunión anual no basta para cumplir su deseo. Este mandamiento no es una orden, sino una prohibición..., pues prohíbe que no se deje de co-

mulgar al menos una vez al año, y de no hacerlo no nos reconocería como hijos suyos.

Para conocer el deseo de la Iglesia consultad: 1) *Las costumbres de los primeros cristianos.* Ellos comulgaban todos los días y llevaban consigo la Eucaristía para tomarla antes del martirio... 2) *La disciplina de la Iglesia.* La disminución de comuniones obligatorias es concesión «por causa de la dureza de vuestro corazón»...

3) *El Concilio de Trento* mostró este deseo de ver a los fieles vivir de tal manera que ellos pudieran comulgar cada vez que asistían al sacrificio de la Misa.

4) *San Pío X* quiso que ya desde los siete años comulgasen los niños y que todos pudieran hacerlo diariamente con las condiciones de vivir en gracia de Dios, observar el ayuno eucarístico y tener intención, o sea, saber a quien íbamos a recibir...

—¿Qué nos dice nuestro corazón? Nuestro deseo más íntimo es llegar un día a la felicidad verdadera, y como para llegar a ella necesitamos una gran pureza de conciencia y el medio más eficaz para mantenerla y aumentarla es la Eucaristía, de aquí la necesidad de unirnos a Cristo fuente y autor de la santidad...

Entre el alimento ordinario que tomamos y nuestro ser hay una unión muy íntima y una profunda asimilación; pero entre Cristo y nosotros hay una unión más íntima en la comunión y una gran transformación; pues notemos que como la Eucaristía no es un alimento «muerto», si no «vivo» lo que ocurre es que nosotros no cambiamos este alimento «vivo, espiritual» en nosotros, sino que Él, por ser de naturaleza superior, nos cambia, a nosotros en Él, o sea, en nuevos hombres, haciéndonos más castos, más ca-

ritativos, más humildes, más santos... y así nos va haciendo semejantes a Él.

¿Qué quiere decir «comunión»?

Comunión viene de *«communis unio»*, común unión, comunicación... La sagrada Comunión es unión física, espiritual, unión de Dios con nosotros, y de nosotros con Dios. Por la comunión nos hacemos «uno» con Cristo, como dice Santo Tomás.

Si comulgamos, Cristo viene a nosotros y se hace «uno con nosotros». Él sigue siendo Dios y nosotros hombres, pero hombres de Dios, una cosa con Él.

Otras ventajas de la comunión: Nos une con nuestros prójimos al recibir el mismo manjar, y formamos un cuerpo con Él...; nos fortifica y nos da energía para luchar contra las pasiones; nos libra de los pecados veniales, aumenta y conserva la vida espiritual ya existente en nosotros... y nos preserva de los pecados mortales...

¿Por qué muchos comulgan y tienen faltas?

Muchos dicen: Los que comulgan son como los demás, que tienen faltas y les faltan muchas virtudes... A esto diremos: Puede ser que caigan en faltas veniales; mas esto no debe extrañarnos, porque «lo perfecto está en el cielo»... Todos los días se barre una casa y hay polvo –eso pasa en el alma...

También puede suceder que así como muchos toman alimentos sustanciosos y no le aprovechan,así pasa con la Eucaristía... y esto depende de la manera de recibirlo, esto es, de sus disposiciones.

Lo propio sería que los que comulgamos diariamente fuésemos santos, ya que, como dice Santa Teresa, una comunión bastaría para que lo fuesemos, y si no lo somos es que algo falla.

Se dice que hoy comulgan muchos y se confiesan pocos, y que no faltan quienes comulgan por hacer lo mismo que los otros, que se comulga por rutina y por motivos puramente humanos. Si así fuese, ¿no sería esto falta de fe?

Se impone que reflexionemos y seamos todos conscientes de la importancia de lo que realizamos.

El sacerdote antes de comulgar dice: «Que la comunión de tu cuerpo y de tu sangre, Señor Jesús, no sea para mi motivo de juicio ni de condenación; sino que, por tu misericordia, me sirva de remedio y salvaguardia para el alma y el cuerpo».

Prácticamente hace referencia a la advertencia de San Pablo: *«Así, pues, quien come el pan y bebe el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor...»* (1 Cor. 11, 27-29).

El que recibe al Señor en pecado mortal, recibe el sacramento, pero no la virtud del sacramento..., y debe reflexionar para que no coma y beba su propia condenación. Comulgar con el alma sucia, o sea, en pecado mortal, sería como el beso de Judas, traicionarle, abofetearle, crucificarle de nuevo.

El que recibe la comunión diaria, debe esforzarse por evitar todo pecado venial deliberado y ser fiel a los ejercicios espirituales sobre todo a la oración, tener gran deseo de vivir unido a Cristo autor y fuente de la vida sobrenatural...

Hemos de reconocer nuestras debilidades y no desanimarnos.

¿Por qué debemos comulgar diariamente?

No faltan quienes pongan sus excusas para no comulgar bien diciendo que son indignos, que se hallan con mucha frialdad..., y a esto diré:

Ya decimos al comulgar: «Señor, no soy digno...», y por lo mismo, debemos tener presente el consejo de San Alfonso María de Ligorio: «Cuanto más os apartéis de la comunión, más indignos llegaréis a ser...». Y San Buenaventura añade: «Cuando sintáis frío y sin devoción no dejéis de comulgar, confiando en la misericordia de Dios, porque cuanto más enfermo estéis, más tenéis necesidad de médico».

A los que tengan debilidades y suelen caer en pecados graves, le diré: Luchad contra las pasiones y no os desanimeis, levantaros de vuestras caídas *con frecuentes confesiones y esforzaros con la ayuda de la gracia para vencer...*

«Esta es la gran estratagema del diablo, escribe un piadoso autor... y es que él no ignora que la carne virginal de Cristo es el único antídoto contra la corrupción de nuestra carne.

Un hombre experimentado en las luchas de la vida y conocedor del alma juvenil decía en tono de broma una verdad profundísima. Joven que no comulga con frecuencia, ¿podrá ser casto? Como puede haber un mirlo blanco... ¡Qué círculo tan criminalmente vicioso! No comulgas porque no eres casto; y no eres casto porque no comulgas». Fortifica tu voluntad y pide el auxilio de la gracia divina.

Se impone la comunión frecuente a poder ser diaria, y en esto hemos de tener presente el consejo de gran San Francisco de Sales:

«Si acaso me preguntan los mundanos por qué comulgo tan a menudo, les diré que para aprender a amar a Dios, para purificarme de mis imperfecciones, para librarme de mis miserias, para tener consuelo en mis aflicciones y apoyo en mis flaquezas.

Les diré que dos clases de gentes deben comulgar a menudo: los perfectos, para mantenerse en la perfección, y los imperfectos para conseguirla; los fuertes para no hacerse débiles, y los débiles para llegar a ser fuertes; los sanos para no enfermar, y los enfermos para alcanzar la salud; y por lo mismo así ya como imperfecta, débil y enferma criatura, necesito comulgar para unirme estrechamente «con Cristo», origen de toda perfección, y el único capaz de fortalecerme y de curarme».

Para disponernos a comulgar bien

Supuesto el estado de gracia, tenemos ejemplos admirables en la Sagrada Escritura de cómo hemos de acercarnos a Jesús. Uno de estos ejemplos es el de la hemorroisa, y antes enumeraré otras disposiciones:

–Con la contricción del hijo pródigo (Lc. 15).

–Con la caridad del centurión (Mt. 8).

–Con la fe de la cananea (Mt. 15, 22).

–Con la devoción de Zaqueo (Lc. 19).

–Con el encogimiento de San Pedro (Lc. 5, 8).

–Con la diligencia de Marta y las finezas de María (Lc. 10, 38).

–Con la humildad del publicano (Lc. 18, 10).

–Con la reverencia de los serafines que están ante el trono de Dios (Is. 6, 1).

–Con el deseo y gozo del santo viejo Simeón (Lc. 2, 22).

–Con la adoración de los magos (Mt. 2, 1-12).

–Con el fervor de los ciegos que alumbró el Señor (Lc. 18, 35-43; Jn. 9, 1-38).

–Con el triunfo de las palmas (Mt. 21, 1-11).

Fijémonos en la disposición de la hemorroisa.

Recordemos brevemente su historia:

Jesús se halla en medio de la muchedumbre, de todos los lados se le acercan y le tocan, y Él no dice nada; pero esta mujer toca la orla de su vestido: una fuerza divna sale del Salvador Él lo siente y pregunta: ¿Quién me ha tocado?...

Maestro, dice Pedro, todo el mundo te toca. No, contesta Jesús: *Alguien* me ha tocado, yo he sentido salir virtud de mi...

¿Qué nos demuestra esto? Que hay dos maneras de tocar a Jesús. Una que le deja completamente insensible: es la manera de tocar la multitud, contacto vulgar que Él nonota. Otra que le mueve hasta el fondo del corazón, y esto hasta el punto que una virtud milagrosa sale de Jesús y va a curar al que le toca.

Este pensamiento es bien instructivo, y lo podemos aplicar a la comunión. Esta escena del Evangelio se renueva continuamente y la podemos observar un día de Comunión... La multitud se acerca al altar... Todos van a tocar a Jesús. ¿Cuántos le tocarán hasta hacer estremecer su corazón? Sólo los que lo hicieran con la fe de la homorroisa: «Con sólo que toque su vestido seré sana».

¿Qué motivos le llevaron a Jesús? Una triple convicción: del mal que sufre, de la ineficacia de los remedios y de la divinidad de Jesucristo.

Para comulgar, pues, nosotros con fruto, tenga-

mos: 1) *Convicción de nuestra miseria espiritual*, las enfermedades que matan, no al cuerpo, sino al alma...

2) *Convicción de la necesidad que tenemos de Dios*. El sólo nos da la salud...

3) *Fe viva en la presencia real de Jesucristo*, y de esta manera, al vernos Él nos dirá: *«Confía, tu fe te ha sanado»* (Mt. 9, 21-22).

El modo de acercarnos a Jesús ha de ser: con humildad, con plena y entera confianza en el poder del remedio, con temor filial, temor lleno de amor, que el Espíritu Santo derrama en nuestros corazones, es el temor de perder el efecto saludable del contacto divino...

Después de comulgar, gravemos la imagen de Jesús en nosotros: una imagen viva. Nuestros ojos no pueden ser más que los ojos de Jesús y nuestra lengua y nuestros oidos, la lengua y los oidos de Jesús...

Si nosotros comulgamos siempre así, después de cada comunión, Jesús nos dirá también: *«Ten confianza, tu fe te ha salvado»* (Mt. 9, 22).

Al dar la Comunión

2 Entonces dice el sacerdote: *«El Cuerpo de Cristo»*, y los fieles contestan: *«Amén»*.

¿Qué significa este «Amén»? Significa: «Sí», «es ciertatamente el cuerpo de Cristo», «así es».

Una vez terminada la Comunión, las sagradas formas sobrantes se ponen en el Sagrario, donde Jesucristo ha querido permanecer sacramentado por nuestro amor. Recordemos nuestro deber de visitarle.

Después del sagrado banquete termina rápidamente la Misa con una breve oración, el saludo: «El Señor esté con vosotros», la bendición y la despedida: «Podéis ir en paz».

Los fieles terminan diciendo: «Demos gracias a Dios».

La gratitud es una forma de amor. No salgas aprisa del templo, y más si has participado del sacrificio de la Misa comulgando.

La «Eucaristía» significa «acción de gracias», «agradecimiento»...

La Misa debe continuar en nosotros también fuera del templo. Nuestras obras deben relacionarse con la Misa. Que no se diga: «Ese va a Misa y después...».

La Misa exige un compromiso de vida cristiana, pues ella es «el centro de nuestra vida».

No olvidemos que la Misa es la actualización del sacrificio de la cruz, recuerdo vivo del Calvario. Allí Cristo pasible y mortal; aquí el mismo ya impasible y glorioso, que se inmola bajo las especies de pan y vino para ser sacramento de vida para las almas.

Oigamos con devoción la Santa Misa, siempre que podamos, porque su valor es grandísimo. San Vicente Ferrer dijo: «Vale más oir una Misa en vida, que el que, cuando nos muramos, nos apliquen mil».

La Misa es el sacrificio del Nuevo Testamento, y es lo más grande que podemos imaginar = Calvario, Redención aplicada, Vida eterna... Realización perenne de nuestra redención.

L. D et B.V.M.

INDICE

A mis lectores 3

1.ª Parte: EL SACRIFICIO DE LA MISA

Breve historia del sacrificio 5
¿Cómo pueden ser los sacrificios? 7
El único sacrificio de valor infinito 8
El sacrificio del Calvario 9
La Misa anunciada por el profeta Malaquías 11
La primera Misa y las siguientes 13
La Misa y el sacrificio del Calvario 14
¿Sufre ahora Jesucristo en la Misa? 16
¿Por qué la Iglesia nos manda oír la Misa? 19

2.ª Parte: ¿SABES TU QUE ES LA MISA?

La esencia de la Misa está en la consagración 23
Fines y efectos o frutos de la Misa 23
Palabras del Concilio de Trento 26
La celebración de la Misa 27
La Misa y las devociones particulares 30
Jesucristo está entre nosotros 31
Jesucristo está actualmente presente en la Eucaristía . 32
Reflexiones. Avivemos la fe en la Eucaristía 38

3.ª Parte: SIGUIENDO LA SANTA MISA

Comienzo de la Misa 43
Las lecturas bíblicas 45
Liturgia de la Eucaristía 47
El ofertorio 47
Plegaria Eucarística 51
La consagración 53
Breves reflexiones 55
La comunión o sagrado banquete 73
Al dar la comunión 75